

Dinámica urbana en el Suburbio Norte de *Augusta Emerita*

Síntesis diacrónica de las excavaciones en el llamado “Corralón de los Blanes”

FRANCISCO JAVIER HERAS MORA

fjheras@gmail.com

ANA BELÉN OLMEDO GRAGERA

abolmedo@gmail.com

CARMEN PÉREZ MAESTRO

mamenarqueo@hotmail.com

FICHA TÉCNICA

Nº Intervención: 8101, 8102 y 8123.

Fecha de los trabajos: septiembre de 2005 a octubre de 2007.

Ubicación del solar: calle Almendralejo nº 41.

Zona arqueológica: III.

Dimensiones del solar: 5.027 m².

Usos y cronología: funerario, vertedero, industrial y religioso

Palabras clave: urbanismo, monumentos funerarios, gestión de residuos, industria, edificio de culto, enterramientos aristocráticos.

Equipo de trabajo: arqueólogos: F. J. Heras Mora, A. B. Olmedo Gragera y C. Pérez Maestro; Topógrafo: J. Pacheco; Dibujantes: F. Aparicio, F. Isidoro, J. A. Jiménez; restauradora: M. P. Pérez Chivite; Antropóloga: G. Rodríguez Caldera; peones de arqueología: I. Flecha, M. Muriel, M. Vargas, A. Sánchez, Fernando, T. Montalvo, M. Suárez, Germán, Alfonso, Joaquín, Mario, J. Corchero, Sabino, Gabriel, O. Balas, Alberto, Rocha.



FOTOGRAFÍA AÉREA DEL SOLAR CORRESPONDIENTE AL ESTADO DE LAS EXCAVACIONES EN 2007 (foto Rueda)

INTRODUCCIÓN

Se cumple ahora una década desde que se abandonaron los trabajos arqueológicos en un gran solar de Mérida, conocido como “Corralón de los Blanes”, situado en el número 41 de la céntrica Calle Almendralejo. Desde entonces, su estudio ha sido lento pero imparable, en buena medida conscientes del extraordinario volumen de datos que se ha venido generando en toda esa campaña de más de dos años intensivos, de hasta tres grupos de trabajo simultáneos y con picos en el número de trabajadores que llegaban a rozar el medio centenar (entre peones especializados, antropólogos, dibujantes, topógrafos, personal de mantenimiento, arqueólogos y restauradores). Llega la hora de hacer balance, aunque sea de forma estricta y necesariamente sintética, de estos diez años de estudio y reflexión.

La marcha de las publicaciones en este tiempo nos hace mantenernos en una actitud prudentemente optimista, pues su número sobrepasa hoy la veintena, sin contar con las presentaciones públicas y de difusión inéditas. Hubieron trabajos sobre los monumentos altoimperiales, mostrados en Roma (Heras y Olmedo 2010) o Zaragoza (Bustamante y Olmedo 2012), sobre la dinámica urbanística de la zona (Heras, Bustamante y Olmedo 2011), sobre la arquitectura de la etapa tardorromana llevados al foro de Arqueología Clásica -CIAC- o del SO peninsular y fue objeto de una monografía (Heras 2011; 2014; Heras *et al.* 2014) y otros acerca del exclusivo horizonte funerario del siglo V, que se presentaron en Vitoria, Madrid o Mérida, todos ellos con proyección internacional (Heras y Olmedo 2015; e.p.a; e.p.b).

En el ámbito de las manifestaciones artísticas, a partir del contenido del omnipresente vertedero excavado, hemos llegado a despertar interés en el Congreso sobre Pintura Mural celebrado en Éfeso, Turquía, en 2010 (Heras, Fernández y Bustamante 2012) o a lanzar alguna hipótesis, de posible alcance histórico para la ciudad, en el Coloquio sobre Arte Provincial (Heras y Peña 2011). La línea de estudio en el aspecto de los objetos muebles se viene manteniendo especialmente activa, en lo referente al material óseo

(Aranda 2006; Heras, Bustamante y Aranda 2012; Heras, Olmedo y Aranda 2012), pero sobre todo cerámico, de donde ha trascendido una tesis doctoral, que ha valido para sistematizar el consumo -junto a cierto ajuste cronológico- de la *terra sigillata* hispánica (Bustamante 2013b). Así, podemos aludir a los trabajos sobre uno de los contextos más antiguos de Mérida, augusteo, y otro de época Flavia, a partir de la *z. s.* sudgálica, editados en Tarragona, Reding (UK), Valencia, Ampurias, etc (Bustamante 2009; 2010; 2013a; 2014; 2015a; 2015b); u otros tipos más recientes, como la forma Hayes 56 de ARSW-D, llevado a un congreso de Serbia (Bustamante y Heras 2012c), otras tardías y, entre ellas, las llamadas “focenses”, en nuestra revista de referencia en Mérida -*Memoria*- (Bustamante 2015c; Bustamante y Sabio 2014), si bien no faltan otros trabajos de síntesis, también específicos, como el la vajilla común (Bustamante 2011a; 2012a) o las paredes finas (Bustamante 2011b).

La extraordinaria conservación de los materiales recuperados en la intervención, singulares en muchos de los casos, ha suscitado gran interés museográfico y propiciado su exhibición en exposiciones temáticas, como la organizada en el Museo Nacional de Arte Romano, desde la que pasaron a la colección estable. Algunos de esos objetos son el *oscillum* que representa la “flauta de Pan” (Heras, Márquez y Sabio 2012; Heras y Sabio 2012), una urna funeraria de caliza (Heras y Márquez 2012), lucernas, una de ellas en forma de cabeza con rasgos negroides (Bustamante y Heras 2012a; 2012b), un amuleto religioso de hueso (Heras 2012), un molde de pastelero (Bustamante, Olmedo, Gijón y Heras 2012; Bustamante e.p.), unos pendientes áureos (Olmedo 2012), un retrato inciso sobre mortero de estuco pintado (Heras, Fernández y Olmedo 2012) y otros fragmentos de decoración pictórica (Fernández y Heras 2012a; 2012b; Heras, Fernández y Olmedo 2012).

Con todo, apenas tomamos aire para afrontar proyectos inmediatos y futuros, muchos de ellos en curso. Uno de ellos, coordinado por C. Detry, investigadora del Uniarq (U. de Lisboa), asume el análisis diacrónico del consumo de animales en la ciudad a partir de la ingente muestra de fauna

procedente de los estratos del vertedero. Otro tiene que ver con el estudio antropológico y paleopatológico de los enterramientos del siglo V, del que emanará una nueva tesis doctoral, que acomete C. Chaves en el laboratorio Antropocordis, de la U. de Extremadura, o los trabajos en este sentido de nuestra compañera G. Rodríguez, sobre distintos conjuntos de esta misma intervención. La evolución de las modas y las técnicas pictóricas en Mérida y otras capitales hispanas es el objetivo de otro proyecto I+D dirigido por A. Fernández, de la U. de Murcia. También está en marcha la investigación en el seno del equipo de P. Mateos en el IAM-CSIC, sobre el aspecto de la reutilización de materiales.

La previsión de un rotundo y exponencial incremento de datos como resultado de todos estos proyectos, nos obliga a ser cautos a la hora de interpretar la información que hasta ahora poseemos. No obstante, hemos preferido afrontar ese riesgo y acometer este sintético balance, tratando con ello actualizar el estado del estudio y conscientes del interés que ha despertado esta extraordinaria intervención arqueológica.

Contexto urbanístico

El comúnmente denominado “Corralón de los Blanes” constituye uno de esos espacios sin construir del centro de Mérida que, a comienzos del tercer milenio, habían resistido a los envites urbanizadores de los años 70 y 80 del siglo pasado; no en vano, la intervención arqueológica que hoy mostramos es fruto precisamente del firme deseo de incorporar estos últimos metros cuadrados a la oferta inmobiliaria local.

Comprendía un área de forma pentagonal, de algo más de media hectárea, por donde, hasta casi el comienzo de nuestros trabajos, se alzaban unas cuadras -limitadas al flanco oeste-, una nave, garajes y un local comercial -hacia la fachada sur o de la calle Almendralejo- y una majestuosa casona rodeada por jardines.

En otro tiempo, esa casa había sido la construcción principal de un enorme solar que llegó a ocupar toda

la manzana, un cercado periférico emplazado en el extrarradio de una ciudad decimonónica a la espera de su despegue económico y social. Éste llegó fundamentalmente, a finales del siglo XIX, gracias a la llegada del ferrocarril a la ciudad y la construcción de la estación, a escasos 200 m. Este punto habrá de convertirse de forma casi inmediata en polo de atracción de algunas industrias, como la fábrica de tapones de corcho “Fisher & Howard e hijos” (Doncel 1991, 19), que ocupará parcialmente la parcela. Tras la marcha de esta actividad y la adquisición de los terrenos por una conocida familia de la ciudad, uno de sus hitos históricos más significativos fue su cesión para acoger provisionalmente unas instalaciones militares, en tanto se acometía el proyecto del cuartel de artillería “Hernán Cortés”. Regresada la parcela a los cometidos privados y civiles, y coincidiendo con el impulso constructivo que vive la ciudad durante las últimas décadas del siglo XX, se emprende un imparable proceso de segregación urbana que culmina con la disminuida superficie del solar que encontramos hoy, rodeado por potentes bloques de viviendas.

Las referencias urbanas de esa parcela resultante comportan su inserción plena en el viario actual, constreñida por dos de las arterias más transitadas de la ciudad, como son la calle Almendralejo -antigua carretera o “Camino Real a Madrid” (Morgado 1998, 99; Álvarez 2006, 234)- y la avda. Marquesa de Pinares -otro la ctra. de Cáceres-, que constituyeron hasta hace apenas dos décadas la circunvalación norte o límite septentrional del tradicional caserío urbano emeritense.

Aquella calle Almendralejo es -aún hoy- una de las arterias más importantes de la Mérida contemporánea, que comunica el moderno puente “Lusitania” sobre el río Guadiana con la fachada oriental y la salida hacia Madrid. Este vial es históricamente, además, resultado del recorrido perimetral a lo largo del trazado de la muralla medieval (Alba 2004, 431, lám. 2) y su correspondiente foso, cuyos restos han sido identificados en varios puntos de esta calle (Alba 1997, 311; 2001, 167, 171-172; 2004, 421; Sánchez 2000, 121, 124; Olmedo 2006, 162) y en otras áreas de la ciudad (Feijoo 2000; Palma 2000; 171; Alba y Feijoo 2006).

Pocos argumentos resumen tan fielmente la constricción del antiguo perímetro urbano de la Mérida romana y tardoantigua como ese trazado de la cerca medieval, que reduce aproximadamente a la mitad la extensión de aquélla apenas dos siglos después de que el califato cordobés impulsara el proyecto urbano de Badajoz, en detrimento de la vieja *Emerita*. En el bajo medievo ya no debería quedar el menor rastro de los *decumani minores* que atravesaban la ciudad, antecesores de esa calle Almendralejo. Tampoco persistiría el menor recuerdo del inmediato “Foro Provincial” o “Conjunto Provincial de Culto Imperial”, cuyos límites y elementos comenzamos a perfilar -como si de un enorme puzzle se tratase- entre el entramado viario e inmobiliario actual (Mateos -ed.-, 2006).

No obstante, respecto de la colonia romana, la zona en que nos encontramos es un punto a caballo entre el centro mismo de la ciudad -apuntemos la inmediatez del llamado “Foro Provincial”-, la fachada septentrional de muralla fundacional y el espacio extramuros que se extendía hacia el norte hasta las orillas del río Albarregas, en el fondo del valle. De hecho, una de las incertidumbres mantenidas hasta nuestra intervención arqueológica era, precisamente, el trazado del cerco romano y la vacilación de estar excavando al interior o exterior del recinto amurallado. La propia morfología del terreno parecía marcar cierta inflexión que hacía confundirse con la loma que suele avisar del recorrido oculto de la muralla. Sin embargo, aunque aún sin confirmación arqueológica directa, hoy podemos sostener con cierta seguridad en ese sentido su paso tangente al acceso del “Corralón de los Blanes”, donde aventuramos la existencia de una de las puertas de la ciudad; abundaremos más adelante en las razones que nos permiten suponer su existencia.

Otra de las cuestiones que interesa señalar, aún en el ámbito de la topografía, tiene que ver precisamente con el perfil del terreno y la ubicación del solar sobre

uno de los puntos más elevados del perímetro emeritense. Aunque las mayores cotas se alcancen en los cerros de San Albín -en el ángulo oriental del casco urbano- y del Calvario -en el extremo noroeste- donde se alzan el conjunto del Teatro y Anfiteatro y el *Castellum Aquae* respectivamente, nos encontramos excavando sobre el pronunciado borde lineal que se extiende entre ambos¹ (fig. 1). Cabe entender pues que, si la muralla discurre aproximadamente sobre la fachada de la parcela y aprovecha las posibilidades que le brinda ese borde, lo que habremos de esperar tras ella es la caída hacia el aludido valle del río Albarregas. Esta particularidad estará muy presente en todo nuestro discurso descriptivo y en la propia argumentación de los usos y condiciones que hemos venido detectando en cada una de las fases históricas.

La intervención arqueológica

El punto del que arranca la intervención que describiremos en este trabajo parte ya de una serie de actuaciones previas, iniciadas en febrero de 2005. Contemplaban una prospección sistemática mediante sondeos mecánicos y un rebaje general por uno de nosotros (ABOG). Si los primeros fueron encaminados a valorar el potencial arqueológico del solar y la localización de la muralla romana, el segundo perseguía la retirada de cimentaciones y niveles contemporáneos. Las primeras catas pusieron de manifiesto la acumulación de basuras domésticas y otros aportes de tierra. Tras los rebajes iniciales, en una posterior batería de catas arqueológicas se documentan algunas inhumaciones y muros que, de forma preliminar, se apuntaron como construcciones romanas. Con todo, una de las principales conclusiones obtenidas con estos trabajos iniciales fue la existencia de potentes estratos de relleno o vertido, cuyo espesor no fue posible determinar en ninguno de los sondeos.

Meses después, el 12 de septiembre de 2005 partíamos de la superficie dejada tras los rebajes

1 En un reciente trabajo de T. Barrientos, I. Arroyo y B. Marín (2008) se ha ensayado un modelo topográfico donde se aprecian con notable nitidez las irregularidades del terreno que habrían condicionado la morfología de la ciudad en su diseño original. El recorrido sinuoso de la muralla debe ser en buena medida el resultado de la adaptación al borde la plataforma inclinada que se inscribe entre los cerros de San Albín y de El Calvario.



FIGURA 1

Planta de Augusta Emerita, según Barrientos, Arroyo y Marín (2008).

iniciales y una fina capa de tierra de textura polvorienta y color grisáceo, producto de las remociones de tierra previas realizadas durante los meses de primavera de ese mismo año. A pesar de todos esos trabajos, todavía estaba muy marcado en el terreno la potente inflexión topográfica que se reconocía desde el comienzo de los trabajos, concordante en buena medida con las considerables pendientes que, fuera del solar, presentaban las calles aledañas y que descendían hacia el norte.

Para una mejor gestión del trabajo y una documentación más racional, se optó por dividir la parcela en cuatro áreas de extensión equivalente e intervenir simultáneamente en dos de ellas. Comenzamos excavando los cuadrantes septentrionales, a la espera de la demolición de las

construcciones contemporáneas junto a la fachada sur. Para lo cual, se generaron dos equipos cuya dirección fue asumida por A. Olmedo -zona NE (int. n° 8101)- y J. Heras -zona NO (int. n° 8102)- de forma coordinada. Un año más tarde se incorporaría un tercer equipo, dirigido por C. Pérez (int. n° 8123), que intervendrá sobre los niveles más recientes de una parte del cuadrante SO.

Uno de los principales hándicaps que se plantearían casi desde el comienzo fueron precisamente esas importantes pendientes, pues ello dificultó el remonte de las tierras producto de la excavación manual hacia el exterior del solar, a través del único acceso posible situado en el extremo meridional. Esta circunstancia condicionaría considerablemente el plan de trabajo.

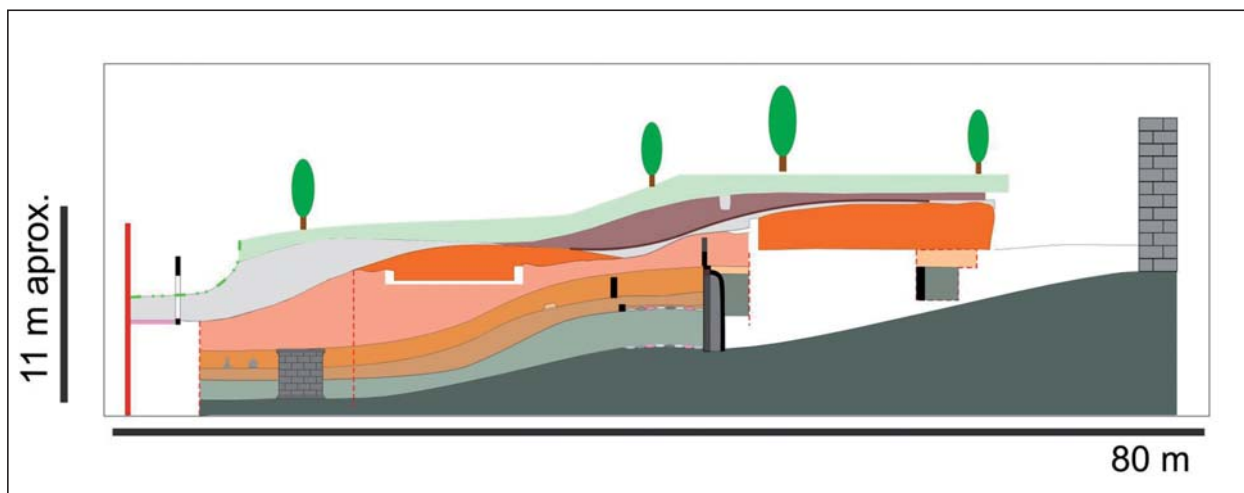


FIGURA 2

Recreación simplificada del perfil estratigráfico de la intervención arqueológica en el Corralón de los Blanes.

En octubre de 2007 se interrumpieron las labores de campo como consecuencia de la prolongación de las lluvias y a la espera de una solución técnica que facilitase la extracción de tierras, pues los desniveles eran ya más que considerables. Desde entonces y hasta ahora, el proyecto arqueológico permanece inconcluso. En esos dos años de trabajos se acometió la excavación de aproximadamente la mitad de los 5.027 m² totales del solar, si bien el grado de agotamiento de la estratigrafía fue desigual. En este sentido, cabe tener en cuenta que se conservaron todas las construcciones de cada fase, lo que supuso mantener amplias áreas sin excavar a modo de testigo bajo las estructuras. En la zona SO, por ejemplo, apenas se descendió bajo los niveles del siglo IV, acaso unos sondeos para comprobar la continuidad de las infraestructuras altoimperiales documentadas en la NO. Tan sólo en el extremo norte del solar logramos alcanzar el substrato geológico, en una estrecha banda constreñida por los edificios del siglo I y a unos 12 m de profundidad respecto de la cota de partida.

Este último dato da buena cuenta de la potencia arqueológica que llegamos a documentar, una docena de metros que guardaban una estratigrafía sumamente interesante, con múltiples fases de vertidos, de enterramientos, de edificios monumentales y complejos, con importantes buzamientos y actividades de extracción o nivelación antiguas (fig. 2).

La suma de todos los niveles, construcciones e interfaces permite abarcar una secuencia cronológica desde el I al IX, si bien la práctica totalidad de ellos comprenden apenas cinco siglos -hasta el s. V-, a partir de los cuales se aprecian acaso unos caminos y silos islámicos.

Plan de trabajo

Antes de avanzar con la exposición de los resultados, hemos de recalcar nuestro propósito de mostrar, por el momento, tan sólo un avance. De alguna forma, procuramos también una síntesis que ilustre el estado de nuestro estudio hasta hoy, que no es más -ni menos- que una descripción de diferentes aspectos de la secuencia histórica documentada, un repaso de la evolución histórica del espacio. No quiere decir esto que no exista una planificación del trabajo de análisis; mas al contrario, el ingente volumen de información, originada a partir del proceso de excavación y de la consecuente investigación, obliga a mantener ciertos tiempos para exponerlos y el compromiso adquirido es precisamente la publicación sistemática de todos esos resultados.

Dicho esto, ahora proponemos exponerlos conforme a un criterio cronológico, mantener un discurso ordenado por grandes fases, comenzando por las evidencias más antiguas y concluir con el horizonte funerario más reciente.

Iniciamos nuestro recorrido diacrónico con las primeras construcciones monumentales de carácter funerario que, de alguna forma, inauguran la trama urbanística de esta parte de la fachada norte de la ciudad. A continuación, el siguiente hito histórico y arqueológico tiene que ver con una interesante transformación del espacio; ésta trajo consigo la desaparición de los grandes mausoleos pero manteniendo la red viaria y el uso funerario del espacio. El gran vertedero del siglo III parece que dio al traste con la organización del espacio, marcada por los caminos y recintos, aunque manteniendo amplias áreas reservadas a enterramientos, esta vez ya bajo el rito de la inhumación. En un momento impreciso de ese siglo se abre una enorme cárcava o canal que desagua desde las inmediaciones de la muralla -al sur-, atravesando buena parte del solar. La pauta observada hacia la segunda mitad del siglo IV conforma una interesante renovación urbana. Ésta arranca después de una necesaria regularización topográfica, que se materializa en la generación de construcciones de nueva planta, repartidas en al menos dos niveles o terrazas, y organizadas en torno a una vía -heredera de las primigenias- que parte de la hipotética puerta urbana y se dirige hacia el norte. La segunda y tercera década del siglo V supone la destrucción, más que abandono, de esos complejos edificios y, de forma casi inmediata, la implantación de un nuevo uso funerario para el terreno dejado por ellos. A este respecto, prácticamente podemos hablar de una concentración ordenada de sepulturas, algunas de las cuales supondrán un verdadero testimonio histórico que anticipa el fin de la romanidad en Mérida.

EVOLUCIÓN HISTÓRICA

El suburbio altoimperial

Los orígenes y los caminos

De los indicios de actividad más remota de la ciudad detectados en el “Corralón de los Blanes” cabe traer acaso unos fragmentos cerámicos recuperados en un estrato arcilloso que cubre directamente suelo geológico (Bustamante 2014, 144-147; 2016). Hemos supuesto que este nivel pudiera significar un leve

arrastre de tierras procedentes del ámbito más próximo a la muralla, a la puerta que intuimos en este punto y, probablemente, como producto de la vida en su interior, en un momento próximo a su fundación; el estudio ceramológico, en este sentido, concluye para él una fecha próxima al cambio de Era (Bustamante 2013, 40; 2014, 144). Pudo ser también parte de la nivelación del terreno en torno a la nueva vía que se conforma en la zona y que arranca de la bifurcación de uno de los caminos de salida de la ciudad a través de aquella puerta. En todo caso, estar seguros de que desde el final -al menos- de la etapa augustea de la ciudad esta fachada norte se encuentra urbanizada o en decidido proceso de urbanización.

Como apuntábamos, todos nuestros esquemas de organización del espacio -incluso desde una perspectiva diacrónica- nos conducen hacia el referente de la muralla y a asumir la existencia de una puerta de considerable actividad a lo largo de todo el periodo romano (fig. 3). El trazado de todos los caminos nos lleva a plantear indefectiblemente un acceso en un punto muy próximo a la actual portada del “corralón”. De este lugar parte la calzada empedrada que -veremos- después se bifurca hacia el este y que es sucesora y antecesora de otros caminos de análogo trazado; más tarde, cuando todos ellos han perecido y olvidado bajo el gran vertedero del siglo III, las nuevas vías se proyectarán nuevamente siempre tomando como referencia el mismo punto, el que reproduce esa portada.

Uno de los accesos más importantes de la ciudad se encuentra en el vecino Cerro del Calvario; es la salida hacia el norte, aquel camino XXIV del Itinerario de Antonino, y que es proyección del *cardo* máximo. En un esquema jerarquizado de accesos a la fortaleza urbana de *Augusta Emerita*, esa calzada constituiría el primer nivel de tránsito extraurbano, al margen del hecho -constatado en otros puntos de la ciudad- de que se bifurque y de ella partan otros caminos. Hemos de reconocer una segunda escala en importancia respecto a las vías y, a la luz de los datos recabados en la intervención, proponemos una de estas calzadas secundarias en nuestro análisis; tal vez un camino periférico que se proyecta desde la confluencia de dos calles del interior de la muralla y



FIGURA 3

Planta de los restos correspondientes a la etapa altoimperial.

que sale de ella dirección al norte atravesando aquella puerta y, de aquí, se divide y quiebra tratando de salvar los importantes desniveles de la zona.

Al tiempo que acometíamos nuestro trabajo de campo, se redactaba el estudio más completo sobre la red viaria periurbana de la ciudad, acometido por P. D. Sánchez (2009) y que abunda sobre uno anterior (Sánchez y Marín 2000). En él se numeraba como “camino 9” una especie de circunvalación que comunicaba los trazados de las dos grandes vías XXIV y XXV -aquel *Alia itinere ab Emerita CaesarAugustam*- (Sánchez y Marín 2000, 565) y que ya fue documentado arqueológicamente una década atrás (Bejarano 1999). La mayor novedad, no obstante, se refiere a un tercer camino que parte de forma casi perpendicular y desciende en dirección norte hacia el fondo del valle del río Albarregas; será el que Sánchez integra en su balance y propone bautizar como “camino 25” (Sánchez 2009, fig. 69).

La Vía sepulchralis: arquitectura funeraria monumental

Uno de los aspectos que ahora más nos interesa de este otro camino es su comportamiento como una auténtica avenida monumental y funeraria, una *vía sepulchralis* en torno a la cual parecen competir en efectismo los mausoleos. En el extremo norte del

solar tuvimos la ocasión de excavar dos construcciones enfrentadas e independientes, separadas por el trazado de esta calzada. Una de ellas -que denominaremos edificio 1- fue excavada por completo y documentada toda su estratigrafía interior y exterior; respecto a la segunda -edificio 2-, lamentablemente la interrupción de los trabajos impidió conocer su alzado completo, aunque sí alcanzamos a valorar su contenido, presunta titularidad y los aspectos más sobresalientes de su arquitectura (Heras y Olmedo 2010).

Suponemos que ambos debieron estar contenidos en recintos cerrados independientes. A la derecha, según descendemos hacia el norte, hallaríamos la parcela en que se sitúa el primero de los mausoleos, separado unos dos metros del muro recto que sirve de fachada hacia el camino. De él, desconocemos su acceso y la altura original del cerco. A la izquierda, el propio edificio 2 presenta fachada directa hacia la vía, adosándose -enrasado- a la construcción principal el murete que delimita el resto del recinto. Veamos una pequeña descripción de ambos monumentos.

- El “edificio 1”: la torre de granito (fig. 4)

El “edificio 1” constituye una estructura prismática, unitaria, exenta y hueca, de planta cuadrada, de 3,6 m de lado, y un alzado conservado de 3,85 m. Se levanta íntegramente con sillares de granito bien escuadrados, con un módulo de 1,2 m x 60 cm x 40 cm. Las piezas se unen en seco, con las yagas marcadas a bisel. Los remates superior e inferior muestran sendas molduras que vuelan sobre la rasante de las cuatro fachadas. Al interior se accede desde la parte superior, donde no se conserva resto alguno de anclaje o estructura de cierre o coronación. En una de las fachadas, la oriental, que mira hacia el camino y el otro edificio funerario, presenta un rebaje de la piedra, de forma rectangular -de 50 x 40 cm-, descentrado, a una altura de 2,9 m sobre la rasante del suelo exterior, destinado probablemente a cobijar una placa epigráfica, desaparecida. En la misma fachada, junto a la esquina norte y a una cota inferior, conserva un saliente de forma rectangular, apenas sobresaliente de la rasante vertical -tres centímetros de espesor



FIGURA 4

Fotografía de la torre funeraria de granito (edificio 1).

irregular- y de unos 25 cm de lado, del que por el momento desconocemos su funcionalidad.

Al interior, se hallaron cuatro enterramientos de cremación, excavados o depositados directamente sobre el fondo. En tres de los casos, los restos aparecieron en el interior de contenedores de piedra caliza con forma de caja, con pies marcados y tapadera con remates a modo de “tejado” (fig. 5); el

tercer contenedor responde a una urna de plomo, con forma globular y estrecho cuello cilíndrico, tapada mediante una segunda pieza circular del mismo material y rematada en su centro con un vástago vertical. Una de las sepulturas en caja de piedra y la urna de plomo habrían sido depositados en el interior de un hueco rectangular, a modo de cista, con *tegulae* y ladrillos colocados de forma vertical y horizontal.

- El edificio 2

Frente a la torre funeraria de granito se levantó el que denominamos “edificio 2” (fig. 6). Es un edificio de planta rectangular, con unas dimensiones de 2,62x1,84 m y 2,80 m de altura. Se levantó con muros de mampostería de piedra y cal -*opus incertum*-, con bloques de tamaño mediano y pequeño y algún fragmento de ladrillo, de razonable buena calidad. La parte superior se remató con albardillas semicirculares y merlones cuadrados, acabados en pirámides, en las esquinas y en el centro de los muros. Todo el conjunto se recubre con un enlucido de cal, que aún conserva en algunos puntos restos del pigmento rojo que debió decorar -a modo de anchas bandas- tanto los muros como el remate piramidal de los merlones (fig. 7).

Además de estos remates prismáticos en la coronación, el elemento más sobresaliente es la placa epigráfica que conserva en el centro del muro frontal, la fachada hacia el camino. Se lee -transcribimos-



FIGURA 5

Fotografía de urna cineraria de piedra caliza, aparecida en el edificio 1.



FIGURA 6

Fotografía de los dos edificios funerarios enfrentados; al fondo, la torre funeraria de granito -edificio 1- y, en primer plano, coronación de merlones con remates piramidales del edificio 2.

PVBLILLA C(aii) L(iberta) / HALINE HIC / H(oc) M(onumentum) S(ive) S(epulchrum) H(eredem) N(on) S(eqvetr). Hace alusión al nombre de la difunta -Publilia Haline-, su estatus social -liberta- y una conocida fórmula testamentaria, a partir de la cual podríamos sospechar, en principio, que se enterró sola (fig. 7).

Una vez retirados los rellenos que colmataban el edificio accedimos al enterramiento que albergaba. En el interior de una fosa de planta irregular se encontraba la urna cerámica con los restos de la cremación, sellada por una fina lámina de plomo. En la parte superior hallamos una gran piedra que pudiera haber funcionado a modo de marcador y, en la zona central, los restos de un animal de pequeño tamaño, posiblemente un suido, además de la deposición de tres vasos de paredes finas con decoración arenosa, que formarían parte de la ofrenda ritual. En la parte inferior de la fosa aparecerían los restos de la cremación propiamente dichos y otros objetos que funcionarían como depósito funerario: varios ungüentarios de vidrio afectados por la acción del fuego, dos vasos de paredes finas con decoración arenosa y gotas de agua, probablemente de origen itálico, y los fragmentos de una tapadera de cerámica común.

Además de la fosa, localizamos otros cuatro huecos en el interior, de planta aproximadamente circular y

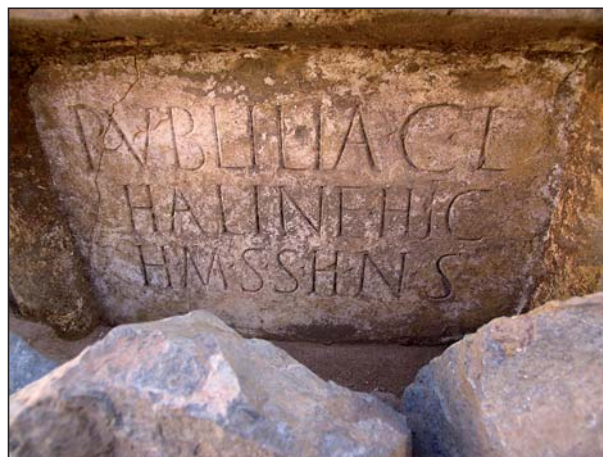


FIGURA 7

Fotografía de la inscripción aparecida en la fachada principal del edificio 2.

sección cónica, situados en cada una de las esquinas del edificio. Resultan de difícil interpretación, aunque nos cuesta aceptar la posibilidad de que sean agujeros de poste con finalidad constructiva, dado su excesivo diámetro, de 45 cm. Hasta el momento, la opción que más nos satisface sería la de señalización del primitivo enterramiento hasta levantar el definitivo *monumentum*.

- Análisis arquitectónico

Sin entrar en el asimétrico grado de conocimiento que, a fecha de hoy, poseemos de cada uno de los edificios, es posible advertir diferencias notables en su morfología. El primero deja trasver la forma de una “torre”, una construcción unitaria y robusta con desarrollo fundamentalmente vertical. No en vano, encontramos en los modelos turriformes mediterráneos de arquitectura funeraria los ejemplos más próximos; recordemos ese origen oriental -concretamente púnico- que con frecuencia se ha mantenido sobre esta extensa tipología, cuya adaptación al sincretismo romano habría producido casos tan singulares en el mundo occidental como el de la llamada “Torre de los Escipiones” en las proximidades de Tarragona (Cid 1947-1948) o la propia Roma, con buenos ejemplos en la *Via Apia*, por ejemplo. En esta misma línea, podemos argumentar casos muy cercanos, como los restos del mausoleo romano integrados en la iglesia de Santa

Eulalia, en Almonaster la Real (Huelva), formando parte esencial de su ábside (Luzón 1974, 282; Jiménez 1975, 870-871, lám. III; Bendala *et al.* 1991, 58-68), o en Albacete, en condiciones similares, dentro de la ermita de Santa Ana de Abajo (Abad *et al.* 2002, 272, fig. 10), e incluso pudiera ser el caso del arranque de una torre en Idanha-a-Velha (Beira Baixa, Portugal) (Jiménez 1975, 869-90, lám. I). Otros buenos ejemplos en *Hispania* encontramos en Daimuz o en una construcción de Villajoyosa (Abad y Bendala 1985; Ruíz-Alcalde y Charquero 2015), Córdoba (Murillo *et al.* 2002), quizás el de Jarandilla, en la provincia de Cáceres (González y Hernández 1992). Sin embargo, es seguramente en el África romana donde hallamos una más variada tipología de monumentos *turriformes* y donde quizás por tradición esta costumbre arraigará con mayor fuerza (Cid 1947-48; 1949; Prados 2008, 287).

En el mundo itálico, bien conocido a partir de las necrópolis de Ostia, Roma o Pompeya, triunfa una arquitectura significativamente distinta, similar en las técnicas constructivas, pero que plantea cierta singularidad técnica y morfológica respecto de las anteriores. Menudean aquí los monumentos macizos, muchas veces revestidos con mármoles ornamentados, los que imitan casas, a modo de morada de difuntos, los columbarios, etc., donde no faltan tampoco los que por su aspecto de fortificación se han englobado dentro de los *turriformes*. Sin embargo, la mayoría de las ocasiones responden a un modelo de proporción horizontal e imitan en muchos casos las aras funerarias monolíticas. De estos últimos tipos tenemos una buena representación en *Hispania* (Beltrán 1990). Hasta cierto punto, la forma o ciertas soluciones técnicas observadas en algunos de ellos nos recuerdan la arquitectura de nuestro “edificio 1”. Además de las proporciones, tendentes más hacia la horizontalidad que hacia la torre vertical, estos monumentos suelen ser macizos (puesto que su función- apariencia es de marcador funerario) y rematados por sendos *pulvini*. Tanto de lo primero como de lo segundo, no tenemos constancia clara ni evidencia indirecta.

La concepción ideológica de estos monumentos *turriformes* fue sin duda alterada con el paso de los

siglos desde su nacimiento en Fenicia, Egipto o Asiria, hasta su reinvención romana e incluso posterior. Prueba de ello es el emplazamiento, más un hito paisajístico o territorial, alejado de las ciudades o centros de poder, los más antiguos o fieles a las primeras concepciones, y formando parte de las necrópolis e insertos en el urbanismo extramuros, los monumentos funerarios romanos. A pesar de esa evolución, debió quedar cierto poso que trasciende de lo puramente arquitectónico y que tiene que ver con la idea de la proyección vertical para la salvación del alma, el ascenso de ésta, como hiciera el humo durante la cremación (Prados 2005, 637).

En lo referente al segundo edificio, no hay que alejarse demasiado para encontrar los mejores o más apropiados paralelos del modelo arquitectónico. En la propia Mérida, J. R. Mérida y M. Macías (1929) excavaron en 1929 dos mausoleos muy semejantes, en concreto, en la zona arqueológica conocida como “Columbarios”, reestudiada hace pocos años por J. Márquez (2006). Comparten algo más que una serie de cualidades, como los paramentos de *opus incertum* con encintado de cal, remate superior de la edificación con albardillas y merlones decorados con bandas pictóricas en color rojo, inscripción funeraria en el muro de fachada principal y ausencia de cubierta (fig. 8 y 9).

El profesor Bendala (1972, 231) ya destacó la abundancia de este tipo de tumbas en todo el Imperio Romano, pero también acertó a concretar que los paralelos más próximos a los edificios emeritenses se localizaban en Ostia, en la necrópolis situada a lo largo de la *Via Laurentina*. Argumenta las analogías con la tumba de *L. Volusius Nicephor* y su familia, que se asemeja a las emeritenses por ser un recinto a cielo abierto, y con otra que se adosa a la de *Volusius*, con remate superior con albardillas y merlones en las esquinas y centro de los muros. En general, la diferencia más sobresaliente de nuestro “edificio 2” respecto a los otros de Mérida - Columbarios- y Ostia, versa sobre la ausencia de un vano de acceso y de una decoración pictórica mural en el interior. Los demás aspectos, sin embargo, confirman ante todo el carácter itálico de este tipo de construcción.

**FIGURA 8**

Vista del tramo superior del edificio funerario -edificio 2- en el momento de suspenderse la intervención arqueológica.

**FIGURA 9**

Fotografía de uno de los edificios funerarios de los llamados "Columbarios" de Mérida (foto CCMM).

- Apuntes cronológicos

Las posibilidades cronológicas de estos edificios, al menos en lo concerniente a su uso, vienen dadas a partir del análisis de los objetos que integran los depósitos funerarios de las sepulturas que se acometieron en su interior. No obstante, no debemos renunciar a la ventaja en este sentido que supone el estudio del estrato de nivelación inmediato a la construcción de uno de los mausoleos -edificio 1-, una datación tardoaugustea fundamentada en los tipos materiales recuperados en él (Bustamante 2014, 144). De todos modos, ha de entenderse como una referencia *post quem* más que como la fecha absoluta para la edificación. En el caso, pues, de los conjuntos que componen los enterramientos, podemos movernos cómodamente en el preciso intervalo cronológico del periodo Tiberio-Claudio, siempre en la primera mitad del siglo I d.C. Uno de los argumentos crono-tipológicos procede del grupo de ungüentarios cerámicos recuperados en el interior de una urna de piedra caliza y sobre la tapadera de tegula que cierra la cista que la protege; se trata de recipientes del tipo Deneauve VIA (Heras y Olmedo 2010, fig. 6b; Heras y Márquez 2012, 112). Otro de los testimonios más interesantes en este aspecto, es el que ofrece una lucerna cerámica recuperada en la misma sepultura, identificada dentro del tipo Dr. 9b, de piquero triangular y cuello de volutas, con escena de gladiadores (Bustamante y Heras 2012a, 46).

También el conjunto unitario de la sepultura del interior del edificio 2 nos lleva a una cronología análoga o muy próxima. Lo integran varios ungüentarios de vidrio, dos vasos de paredes finas con decoración arenosa y gotas de agua, probablemente de origen itálico y los fragmentos de una tapadera de cerámica común (Heras y Olmedo 2010, 49). El análisis exhaustivo está pendiente aún, como también la excavación del exterior que pudiera haber permitido -como en el caso anterior- definir un estrato o contexto claro de construcción. Hasta entonces, nada hace plantearnos una alternativa a la coetaneidad de ambos edificios, cuanto menos - como venimos matizando- en su uso.

Dicho esto, con una posición estratigráfica semejante y con paralelos arquitectónicos que parecen refrendar esas cronologías del siglo I d.C., las mismas a que apuntan los contextos materiales, hemos de contemplar a estas dos construcciones dentro de un programa urbanístico común. La ubicación relativa de ambos, uno frente al otro, parece la respuesta privada a un diseño urbano predeterminado. Se nos antoja de incuestionable importancia la propuesta cronológica derivada de las intervenciones y análisis de los también emeritenses mausoleos de los Columbarios, con enterramientos que no sobrepasan la primera mitad del siglo I d.C. (Márquez 2006, 124-127), que comparten indudables semejanzas arquitectónicas, morfológicas y rituales

con los del Corralón de los Blanes que estudiamos ahora.

La segunda fase funeraria

A lo largo de nuestra intervención, ciertos detalles estratigráficos plantearon interrogantes que pueden llegar a ser fundamentales para entender la dinámica histórica de la ciudad o su urbanismo, muchos de los cuales aún permanecen irresueltos. Sin duda, una de las cuestiones más trascendentales en este sentido tiene que ver con la prematura amortización de esa *via sepulchralis*, un incremento del nivel de tierras y superficie de tránsito que le restó monumentalidad para siempre. En un momento concreto de las décadas centrales del siglo I, quizás todavía en la primera mitad de la centuria, los recintos funerarios y, con ellos, también los grandes mausoleos que contenían fueron paulatinamente sepultados por toneladas de residuos sólidos procedentes de la ciudad. Ripios constructivos y basuras domésticas fueron arrojados por las laderas del cerro en que se alzaba la muralla, sedimentándose en estratos horizontales hasta cubrir la práctica totalidad de los edificios. Particularmente, el edificio 1 quedó sepultado hasta casi su coronación a inicios de la década de los 60 del siglo I; de él apenas sobresalían unos centímetros de la rasante del suelo y, a partir de ese punto y momento, se convierte en una suerte de “pozo”, una estructura hueca que desciende hasta cerca de cuatro metros. Sólo ahora se produce su completo relleno, drástico y rápido.

Del otro mausoleo, el de aquella *Pubilia Haline*, frente a la torre de granito, por aquellas fechas apenas sí sobresalían los merlones encalados. Se había generado una nueva superficie, con cierta regularidad, entre dos y tres metros por encima del nivel de base sobre el que se alzaban esos primitivos edificios. También los caminos habían visto incrementar de forma notable su cota, con un recredido a la par de esas superficies al interior de los recintos funerarios. Parece claro, pues, que se producía un rotundo menoscabo de aquella concepción monumental; sin embargo, se mantenían prácticamente inalterados los recintos primigenios y el trazado del camino inicial.

Al margen de este último apunte, el resultado de todo ese aporte de residuos sólidos durante décadas parece ser -como venimos sosteniendo- acaso una variación topográfica que significará una nueva superficie sobre la que volver a actuar, reproduciendo las pendientes y regularidad de la original de comienzos del siglo I. Incluso el propio destino funcional del espacio parece ser análogo. En un momento de la segunda mitad de la centuria, aún por precisar con detalle, todo este espacio vuelve a ocuparse con enterramientos de incineración, la mayoría tipo *bustum*, y un interesante grupo de ellos con “monumentales” señalizaciones. Hasta hoy, hemos tenido la ocasión de dar a conocer de forma detallada una de las sepulturas más interesantes de nuestra intervención, cuyo interés no es ya tanto su excepcionalidad, pues el tipo está de sobra constatado en la ciudad, como el hecho de que la *cupa* que sirve de marcador se hubiera hallado *in situ* (Bustamante y Olmedo 2012) (fig. 10). Es frecuente en Mérida la reutilización de cientos de estas piezas monolíticas de granito en las construcciones tardorromanas y medievales (Caldera 1978; Bendala 1979; Nogales *et al.* 2012). Sin embargo, tan sólo dos de ellas han permitido el análisis de este particular tipo juntamente con ritual y el depósito material, a fin de caracterizarlo cultural, social o cronológicamente; la primera de ellas, dada a conocer por P. Caldera (1978), apareció a no demasiados metros de nuestra excavación, en la vecina calle Marquesa de Pinares.

La señalización tipo *cupa* que documentamos en el “Corralón de los Blanes” se conformaba por un



FIGURA 10

Fotografía de la señalización funeraria tipo *cupa* aparecida *in situ* junto al extremo NE de la parcela excavada.



monolito semicilíndrico, dispuesto horizontalmente sobre un plinto formado por dos sillares unidos entre sí. Los restos del enterramiento se guardaban en el interior de una fosa rectangular que apareció directamente bajo la estructura de piedra. En el fondo se documentaron los grandes carbones y cenizas de la madera empleada para la cremación del cadáver y huesos incinerados; sobre ellos, el depósito formado por dos jarras -una de ellas de paredes finas Mayet LI-, urna y olla cerámicas, una lucerna “de minero” -variante de la Dr. 9-, una placa de tocador de pizarra y diversos objetos de metal, como un *strigil*, una aguja y una *situla*, ambas de bronce -Tassinari V 3134- (Bustamante y Olmedo 2012, 381-387, figs. 12-14). El estudio del conjunto material nos sitúa en una cronología de finales del siglo I, tal vez inicios de época trajanea, a partir del estrato en que se excava el enterramiento (Bustamante y Olmedo 2012, 379, 383-385).

A pocos metros de esta sepultura, en las inmediaciones donde años atrás aún sobresalían las coronaciones de los mausoleos que jalonaban la primigenia *via sepulchralis*, se erigen otros marcadores funerarios. Uno de los más sobresalientes es un fuste de columna de granito, en realidad una estructura conformada por un elemento cilíndrico vertical, encastrado en el centro de un sillar dispuesto horizontalmente, que nos recuerda al modelo de los *cipi* de ascendencia púnica de las necrópolis meridionales (Bustamante y Olmedo 2012, 377, figs. 10 y 11). En la base se conserva un bloque alargado de piedra -cuarcita- sin tallar ni forma determinada que, como sucede en los conjuntos de la necrópolis de *Baelo Claudia*, parece hacer las veces de betilo o símbolo anicónico de carácter religioso o profiláctico (Paris *et al.* 1926, 34, fig. 21; Seco 2011).

Muy interesante es también una estructura de ladrillo revocada con cal, profusamente decorada mediante trazos lineales de distintos colores, de planta cuadrangular. Se conserva la parte inferior que se asemeja a la base de una construcción troncopiramidal, un tipo que recuerda a algunos modelos de *mensae* funerarias. A escasos centímetros localizamos un encachado de piedras que bien pudo haber formado parte de una estructura semejante mal conservada (Bustamante y Olmedo 2012, 377).

La relegación urbana: los vertederos de los siglos II al IV

Uno de los aspectos que de un modo más significativo definen las dos siguientes centurias -los siglos II y III- en esta parte del suburbio norte de la ciudad es, por cuanto conocemos, la relegación del espacio a vertedero. Por unas décadas más, los caminos se continúan proyectando según los trazados primigenios, incluso algunos de los firmes terreros se convierten en rodaduras enlosadas. Avanzado el siglo II, primero, aquella vía monumental queda desgajada de la calzada que partía directamente de la puerta de la muralla; después, el espacio que ocupaba queda englobado en uno de los recintos funerarios anteriores. Con el siglo siguiente, el ritmo de vertido de tierras, basuras y escombros se hace imparable, desvirtuando por completo la topografía original del terreno. Los muros que marcaban físicamente las distintas propiedades, quizás desde los orígenes de la *colonia*, fueron recrecidos o inmediatamente sustituidos cuando los vertidos sólidos encerrados en esos mismos recintos rebosaban literalmente sobre ellos (fig. 11).

Esto es al menos lo que ocurrió hasta el siglo III; a partir de entonces esas divisiones, si se mantuvieron más allá de estas fechas, dejaron de ser marcadas físicamente. Esta cuestión se pone de manifiesto cuando en el siglo IV se mantiene un solo camino de todo aquel primitivo esquema viario que describíamos más arriba, y el vertedero habría borrado cualquier huella de la antigua compartimentación del espacio, de los demás viales que lo surcaban y, de forma muy significativa, de aquellos monumentos funerarios del siglo I y II (fig. 12).

Los dos caminos principales y más próximos a la muralla se habían convertido, tras una más que evidente elevación topográfica durante el siglo I, en calzadas pétreas. Se empleó para ello diorita, la roca más dura del entorno, asentada sobre varias capas de tierra y grava que le aseguran regularidad. Bajo la superficie discurre la cloaca, construida mediante dos robustos muros de mampostería y una bóveda de medio punto y del mismo material. Tan sólo aquella vía sepulcral primigenia, sobreelevada más de dos



FIGURA 11

Detalle de la superposición de caminos y muros de delimitación de parcelas a finales s. I d.C.

metros desde la cota original- queda sin petrificar, aunque sí que contó con su correspondiente canalización subterránea.

De la historia inmediatamente posterior de esta red de desagües principales, sólo conocemos que vivió varias reparaciones sobrevenidas tras otros tantos desplomes parciales de sus bóvedas, seguramente provocados por un endémico fallo de cimentación, puesto que a fin de cuentas estaban asentadas sobre los niveles de tierra del mismo vertedero (Heras, Bustamante y Olmedo 2012, 349). Gracias al estudio de los materiales asociados a estas reparaciones - rellenos de las fosas que cubren las nuevas bóvedas- podemos advertir que el mal que les afectaba fue patente pocos años después de su construcción, muy a principios del siglo II.

En el siglo III, el colapso de las antiguas cloacas ya era generalizado desde hacía décadas y las cotas de las vías se habían incrementado notablemente, aún unos metros más, haciendo más dificultosa la reparación de los viejos saneamientos urbanos. Quizás sea esta la explicación para la práctica de un profundo foso documentado en el extremo occidental de la parcela excavada, próximo al trazado de los viejos caminos, con una dirección similar -norte- y orientados conforme a las pendientes. De su cronología tan sólo alcanzamos a precisar que son considerablemente posteriores a los caminos vigentes en el siglo II -y sus



FIGURA 12

Vista del perfil tras la excavación del sector NO de la parcela; obsérvese a la derecha la referencia que supone la torre funeraria de granito -edificio 1-, de 5 m de altura.

cloacas- y que fueron amortizados a finales del III, unos, o mediados del IV, otros. Lo que motivó su excavación en la Antigüedad pudo ser la necesidad de evacuar las aguas de lluvia y “urbanas” cuando ya no funciona la red de saneamiento, ocluida con sedimentos o con sus propios derrumbes.

La renovación urbana de finales del siglo IV

A inicios -quizás todavía a mediados- del siglo IV esta parte del Suburbio Norte de la ciudad, al menos en los términos específicos de nuestra intervención, se había convertido en un gran vertedero, un uso que venía consolidado -con su propio régimen de alternancia- desde siglos atrás. Las secciones arqueológicas denuncian precisamente esa dinámica de aporte de residuos urbanos sólidos, sedimentados en finas bolsas de materia orgánica o en potentes estratos de tierras y ripio constructivo. Siguen, en

líneas generales, una pauta común en cuanto al origen de los vertidos, partiendo la mayoría de ellos de las cotas superiores de todo este espacio y descendiendo, en pronunciada pendiente, hasta el fondo del barranco. La acumulación diferencial debió haber causado superficies descompensadas, irregulares, amontonamientos ocasionales y precipicios con riesgo de deslizamiento. No obstante, no queda claro en modo alguno que la actividad funeraria cesara de forma drástica con la intensidad del vertedero, pues observamos que con frecuencia se disponen enterramientos en aparentemente breves intersticios en la sucesión de aportes de basuras.

Así visto, el resultado de todo ello tal vez no era el más adecuado para otra cosa que no fueran las sepulturas y, en las décadas centrales del siglo IV, pudo haber surgido la necesidad de reocupar o recuperar este espacio con otros fines. Esas pendientes artificiales e irregulares del vertedero debían ser remodeladas para posibilitar unas eventuales nuevas construcciones. Detectamos entonces una actividad de explanación, se generan entonces dos grandes plataformas horizontales a niveles distintos, escalonando los deleznales terraplenes de tierra, escombros y basura. No era la primera ocasión que se optaba por esta solución de aterrazamiento para solventar los desniveles de la zona, pero sí la primera vez en que claramente se hizo un uso topográfico de la modelación artificial del vertedero preexistente.

Acompañando a ese retallado de los montones de escombros y basura se opta por cancelar los grandes fosos o “cárcavas” a que nos referíamos más arriba. Se aportan entonces ingentes cantidades de tierra y basura: una parte, bien reconocible, de nuevos estratos de composición uniforme y origen definido, y, otra, más heterogénea y con mayores espesores, apuntan probablemente al apresurado relleno con sobrantes mezclados que resultan de las mismas explanaciones.

El complejo del sector SO

A escasos metros del límite meridional de la parcela se planteó la intervención del sector SO (int. n.º 8123), probablemente el área inmediata a la puerta de

la muralla urbana. Sin duda, el resultado más trascendental y rotundo fue la delimitación de un edificio de planta compleja, orgánica, en cuyo análisis advertimos añadidos a un diseño original, con técnicas, materiales y calidades distintas. Una parte de su extensión permanece sin excavar, pues los muros se adentran bajo la vivienda decimonónica del ángulo sureste del solar (fig. 13).

Con todo, podemos definir una serie de espacios de diversa amplitud y fisonomía. El más extenso corresponde con una estancia aproximadamente rectangular, en el extremo sur del área conocida de este complejo y flanqueada al oeste por el trazado del camino de salida de la ciudad hacia el norte. En su interior se conservan *in situ* hasta tres fustes de columna, dos de ellos de granito y un tercero de mármol. Las primeras se ubican en el centro mismo de la estancia, marcando el eje transversal -E-O- de la estancia; la tercera, parece alinearse longitudinalmente con la perpendicular de ese eje, a continuación del fuste oriental. Los muros que la delimitan son de mampostería de factura cuidada de bloques -bien careados- de cuarcita, diorita y pizarra trabados con cal, al menos hasta alcanzar una altura máxima de 1,3 m. Tan sólo el muro de cierre oriental, el que separa este ámbito del contiguo -que veremos a continuación- presenta alguna diferencia, tanto en el tamaño de los bloques -menor- como en el alzado, que conserva restos del paño de tapial sobre el zócalo de piedra, de hasta 80 cm de altura. Por su parte, el suelo es sólo una superficie regular de tierra endurecida. Durante el proceso de excavación se llegaron a documentar decenas de *tegulae* e *imbrices* acumulados de forma ordenada sobre el suelo y apoyados contra la pared norte de la estancia. No cabe duda del valor de este conjunto de piezas como acopio de material constructivo, recuperado de construcciones dismanteladas o prestas a emplearse en una inminente obra.

A este primer y más extenso espacio se accede desde el sur y a través de un amplio vano que lo comunica con ese otro ámbito al este, estrecho y alargado, con orientación N-S, que se compartimenta a su vez en tres dependencias. La central, de menor amplitud, sirve de preámbulo a la más interior de ellas, la norte.



FIGURA 13

Vista del complejo constructivo principal del sector SO de la parcela (int. n° 8123).

En ésta se halló *in situ* un interesante conjunto de *dolia* completos, dispuestos periféricamente y en torno a la amplia puerta de acceso (fig. 14). La conservación de los muros, de aparejo de *incertum* de buena factura, había propiciado la excelente conservación de estas vasijas; el alzado máximo superaba el metro y medio de altura. En realidad, este otro ámbito parece tratarse de una estancia semisubterránea, con una diferencia, entre la cota exterior -respecto de la fachada norte- y la interior, de 1,2 metros aproximadamente, conservándose incluso el arranque de dos vanos a modo de ventanas de pequeñas proporciones. Esta especie de “ventanucos” proporcionarían cierta ventilación a la estancia que, a la vista de estos *dolia* y de las condiciones climáticas que le confería su carácter subterráneo, debió concebirse como almacén.



FIGURA 14

Vista del grupo de dolia aparecidos en una de las dependencias -semisubterránea- del complejo constructivo delimitado en el SO del solar excavado.

Sobre todo este ámbito alargado, y sin poder hacerlo extensivo al resto del complejo, hemos de suponer la existencia de un segundo plano o altura, pues en el interior fueron documentados amplios paños de alzado murario procedentes de la parte superior de la construcción. Al menos, pudo recuperarse un tramo -de más de un metro de altura y casi dos de ancho- de tapial revestido en ambas caras y pintado por una de ellas. La decoración reproduce un esquema de grandes paneles rectangulares -enmarcados en rojo y negro- que imitan mármol jaspeado o brocatel, con veteados diagonales. Entre ellos, se disponen anchos interpaneles con motivos vegetales en composición simétrica sobre fondo negro (fig. 15). Otra de las piezas arquitectónicas que pueden adscribirse a esa segunda planta trata del frente superior de un doble arco o parteluz, sobre el que se pinta un jarro con flores. Esta profusa decoración contrasta con el carácter aparentemente funcional de los ambientes inferiores o semisótano, de lo que cabría suponer un cometido diferencial, con atribuciones domésticas el plano superior y de bodega el inferior.

Estos dos grandes espacios descritos -ese de las columnas y este otro subterráneo de las vasijas cerámicas- conforman una especie de “L” en una planta mucho más compleja y orgánica que no conocemos del todo. A esa ala, inmediata al camino de salida de la ciudad, en algún momento de su vida se le anexó un nuevo cuerpo, ampliándose la fachada occidental -hacia aquel camino-, donde hasta entonces no se abría ninguna puerta. Se tratará de



FIGURA 15

Panel pictórico recuperado entre los restos de derrumbe sobre la estancia previa a la dependencia de los dolia cerámicos, en el sector SO.



FIGURA 16

Vista del horno aparecido en uno de los pequeños espacios en que se compartimenta el complejo constructivo del SO de la parcela.

una nueva construcción, de forma rectangular, levantada con muros de factura más descuidada, con zócalos de piedra trabada a hueso y alzados de tapial. Al interior se describe una nueva compartimentación del espacio. El mayor corresponde a una antesala, inmediata al único hueco de entrada desde la calle. Aquí se documentó un poyo o estructura maciza de piedra y ladrillo, de escasa altura -apenas 40 cm- y hasta 80 cm de diámetro; en su base se había reservado un hueco que albergó, al menos en el momento del abandono, una lucerna cerámica.

Traspasada esta primera estancia, al fondo se abrían dos nuevos vanos, ubicados simétricamente respecto de la puerta principal y de la propia sala. El de la derecha daba acceso a un cuarto de pequeñas dimensiones; el de la izquierda correspondía en realidad a la embocadura de un horno (fig. 16). Comprende éste una estructura de planta ovalada que se inserta plenamente en una pequeña estancia, gemela a la anterior, cuya circunferencia venía definida por losas de ladrillo dispuestas verticalmente, haciendo las veces de pared; el suelo, a una altura de 60 cm sobre el nivel de uso de la antesala, se resolvía igualmente con losas de similares proporciones, colocadas horizontalmente. Bajo este pavimento sobreelevado debió existir un espacio hueco o sin macizar completamente, hallándose aquél gravemente rehundido en el momento de la excavación.

Como hipótesis de trabajo, se ha planteado la instalación de una *pistrina* o actividad análoga, identificando esta estructura de ladrillo como horno de pan y aquel poyete de la estancia anterior como soporte para un molino harinero (Bustamante, Salido y Gijón 2014, 332; Salido y Bustamante 2014, 38-39). Lamentablemente, no estamos en disposición de aventurar una relación clara entre esta actividad y el almacén del espacio contiguo, pues no existe -o no se aprecia en lo excavado- una comunicación directa entre ambos ámbitos. Acaso la pertenencia a un mismo conjunto -que no dentro de un programa original común- puede sugerirnos esa interesante repartición de espacios y cometidos: almacén, molino y horno. Tal vez tengamos que esperar a completar la excavación de este extenso complejo constructivo para apreciar en su justa medida la dimensión industrial y -aún más interesante si cabe- la coexistencia entre este uso y el carácter doméstico que parece desprenderse de las pinturas de la planta superior de al menos una parte de estas dependencias.

La necesidad de ultimar los trabajos hacia el sector SE para comprender todo lo anterior es extensible a la ampliación del área excavada hacia el oeste. En este sentido, necesitaríamos reemprender la excavación más allá del trazado de aquel camino de salida de la ciudad, donde las últimas labores nos permitieron iniciar la documentación de un nuevo edificio. De él



FIGURA 17

Planta de los restos constructivos documentados en la fase "tardorromana" del solar, finales del siglo IV.

tan sólo conocemos parte de su fachada, un muro levantado en *opus africanus* y unos canales de *opus signinum*, que tal vez nos proponga un cometido industrial, acorde quizás con lo que venimos señalando para la instalación del margen opuesto de la calle.

Avanzados unos metros de ese mismo camino, éste describe una sensible curva hacia el NO, tratando de esquivar la otra gran construcción de esta fase tardorromana, elevada, como el complejo que acabamos de describir, sobre la terraza superior de nuestra topografía escalonada del Suburbio Norte emeritense (fig. 17).

El edificio de las aves

Inmediatamente sobre la plataforma superior que se había generado tras la explanación de las tierras del vertedero, frente al complejo almacén-panadería se alzó un segundo edificio de aparente sencillez arquitectónica. Su planta unitaria describe un rectángulo de 10,6 x 16,2 m, orientado SO-NE, sólo anexo a una construcción -¿previa?- por un muro que se le adosa por el ángulo occidental (fig. 18). La fachada principal debió ser la sur, más corta, anticipada por un pórtico de cuatro apoyos alineados, equidistantes y simétricos, probablemente dos pilares en los extremos y dos columnas en el centro, una de ellas expoliada de antiguo. El muro delantero

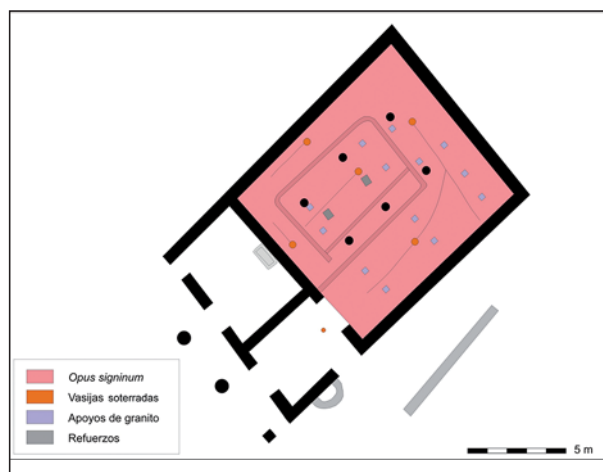


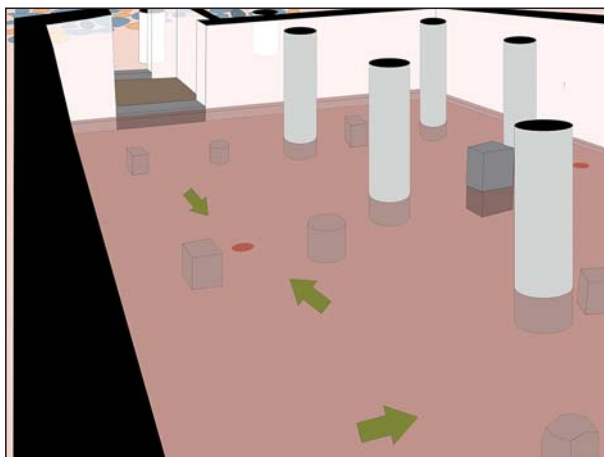
FIGURA 18

Planta del edificio tardorromano del sector NO de la parcela (int. n° 8102).

quedaba pues tras esta línea y presentaba tres vanos o puertas al interior. En la fachada lateral derecha -oriental- se abre el cuarto acceso; identificamos junto a éste una pequeña y desdibujada estructura semicircular, a base de piedras sin trabar, que se adosa al paño exterior del muro a modo de arriate. La distribución interna muestra tres espacios de dimensiones desiguales y con características ciertamente singulares algunos de ellos.

El primero de ellos -en adelante A- corresponde a la estancia más sur del edificio, de forma rectangular, de 3,4 x 4,2 m, a la que se accede desde la vía a través del espacio porticado y mediante una puerta abierta junto al extremo derecho de la fachada principal. Existe un segundo acceso desde la fachada lateral, salvando un desnivel de casi 40 cm desde la cota exterior.

A través de esta primera estancia se penetra en el segundo espacio (B), comunicados mediante de un amplio vano de 1,85 m de luz, en eje con aquella primera puerta. La extensión de esta estancia B equivale proporcionalmente a dos tercios de la superficie total del edificio, describiendo un espacio prácticamente cuadrado, de 10,75 x 9,9 m, y casi expedito, con la salvedad del grupo de columnas centrales. Contando los fustes y las improntas marcadas en el suelo, se reconoce una organización de seis columnas que se organizan en dos líneas

**FIGURA 19**

Reconstrucción del sistema de pendientes para captación de líquidos sobre el pavimento de la estancia B del edificio tardorromano del sector NO de la intervención.

paralelas. Éstas dividen el ambiente de la estancia en tres pasillos o “naves” alargadas, con un ancho distinto (semejantes la central y derecha y más constreñida la izquierda). Por su parte, el pavimento consta de una superficie de *opus signinum* que lo cubre por completo, interrumpido por los fustes de columna, por sendos apoyos o pilares centrales -añadidos al proyecto original-, un conjunto de pequeñas piezas de granito dispuestas a la misma altura -30/35 cm- y repartidas, dos a dos, a lo largo del eje de los pasillos derecho y central. En el mismo suelo aparecen incrustadas cinco vasijas cerámicas o pequeños *dolia*, dispuestos de forma organizada y en cruz, al que vierten unos estrechos canalillos de sección en “V”, de entre 3 y 5 cm de anchura, marcados en el mortero fresco.

Se aprecia pues un curioso sistema de captación de líquido que, en función de las basculaciones del pavimento y los estrechos canales desaguan en las vasijas embutidas en el suelo (fig. 19). Los recorridos se refuerzan o complican gracias a un resalte en forma de media caña de *opus signinum*, que describe un espacio en el centro a modo de gran rectángulo que abraza el espacio comprendido por cuatro de las seis columnas y dejando en su interior a la vasija central de la estancia. Entendamos que el objetivo de este resalte sea el de diferenciar ese sector más o menos céntrico del pavimento

respecto del resto, separando de alguna forma la circulación y recepción de líquidos.

Por su parte, los pequeños elementos pareados parecen tener sentido si se entienden como apoyos de una hipotética tarima o estructura sobreelevada respecto del pavimento hidráulico.

El espacio C resulta una habitación rectangular, de 3,8 x 5,4 m, sólo abierta hacia el pórtico de la fachada principal, a través de dos puertas frontales, e incomunicada con el resto del edificio. Destaca de su interior la irregularidad del suelo -tierra- y sobre todo la gran pieza rectangular de granito que apareció en el centro del muro del fondo de la estancia: una especie de “pila”, con un orificio de salida a ras del fondo, suspendida a una altura de 40 cm del suelo por sendas piezas regulares del mismo material, dispuestas horizontalmente, que hacen las veces de doble pie, logrando alcanzar en conjunto los 85/90 cm de altura.

En otro trabajo se pusieron de manifiesto los pormenores de los derrumbes y niveles de abandono (Heras 2011, 29-33, 47-49; Heras, Peral y Rodríguez 2014). De los últimos, podemos argumentar la constatación de un interesante conjunto de piezas metálicas, en su mayoría vajilla de bronce -cazos, fuentes, calderos y botellas-, cerámicas -ánforas y otros recipientes de almacén- e incluso un grupo de figurillas de hueso de probable significado religioso (Heras, Bustamante y Aranda 2012) (fig. 20).

Sobre los estratos de derrumbe ocasionados por el colapso general del edificio, cabe destacar el importante número de columnas, basas y capiteles de mármol, que denuncian la existencia de una segunda altura -sobre las columnas de granito-, al menos en lo que respecta a la estancia interior o espacio B, que es de donde parten todos estos elementos sustentantes (fig. 21). Buena parte de la estratigrafía del interior es copada por los restos de las paredes de tapial desplomadas sobre un estrato de tejas. Los fragmentos de revoco o los grandes paneles pintados componen, después de su análisis, un inestimable argumento para valorar la hipótesis



FIGURA 20

Conjunto de piezas de hueso que representan figuras femeninas -desnudas- aparecidas en el nivel de abandono del edificio tardorromano del sector NO de la intervención.



FIGURA 21

Vista de la estancia B del edificio tardorromano del sector NO, donde se observan las piezas arquitectónicas pertenecientes al nivel de derrumbe.

funcional que en su día elaboramos (Heras 2011; 2014). Representan fundamentalmente motivos vegetales y animales, en su mayoría plumas de pavo real (fig. 22) -quizás también de alguna paloma y gallinácea-, que se muestran generalmente con cierto naturalismo, aunque no faltan otras más esquemáticas. El espacio de los paños enlucidos se rellena absolutamente con flores, hojas, ramas y aves, insertos en coloridos marcos geométricos² (fig. 23, 24 y 25). Destacamos, además, los restos de una figura humana, de la que conocemos una mano extendida, un ojo y una pierna -rodilla-, además de otros elementos difíciles de identificar por su reducido tamaño (Heras 2011, 40-42).

La confluencia de todos estos aspectos iconográficos, con un interesante contenido simbólico, de esa singular arquitectura y del curioso registro material -recordemos la vajilla ritual o el grupo de figurillas de presumible sentido religioso- nos llevó a proponer un cometido ritual y cultural. Era el momento de abundar en esa hipótesis y determinar qué tipo de religión o ritual pudiera

haber promovido un lenguaje significativo que hablaba de regeneración natural, unos amuletos protectores femeninos, una red de drenajes oculta bajo el suelo y los recipientes de bronce, en unas fechas en las que históricamente las ciudades del Imperio vivían un renacer de las religiones orientales. Mérida había visto precisamente ese proceso muy de cerca y determinadas



FIGURA 22

Fotografía de uno de los paneles pictóricos recuperados entre los derrumbes del edificio tardorromano del sector NO, donde se aprecian las colas de al menos dos pavos reales identificados.

2 Durante la excavación se recogieron y extrajeron sistemáticamente cientos de fragmentos de este revoco pintado, algunos en paneles de importantes proporciones, pero la mayoría de muy reducido tamaño, que dificultó su análisis. No obstante, fue posible identificar un nutrido conjunto de motivos y esquemas compositivos, cuya descripción pormenorizada fue acometida en ese trabajo monográfico aludido (Heras 2011), al que preferimos redirigir si se desea profundizar sobre esta cuestión por razón de espacio.

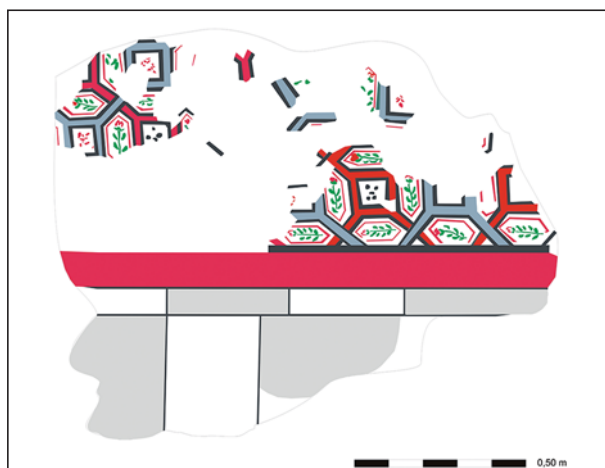


FIGURA 23

Dibujo de uno de los paneles pictóricos recuperados entre los derrumbes del edificio tardorromano del sector NO, donde se aprecian motivos geométricos entrelazados que encierran flores esquematizadas.

manifestaciones artísticas mostraban esto mismo (Arce 1975; 1984; 2002a, 20; 2002b; 2002c; 2006; Boch 1989). Una de ellas era el culto a la *Magna Mater*, cuyo más importante epígrafe había aparecido a escasos metros de nuestro solar, aludiendo además a un ritual de purificación -*taurobolium*- realizado en su honor y para beneficio del iniciado (Fernández-Guerra 1875; Barrantes

1877; de la Rada 1899; CIL II, 5260; Heras 2011, 82-84) (fig. 26).

En absoluto debemos pensar que todos estos aspectos -iconográficos y arquitectónicos-, por muy singulares que nos parezcan, han de ser exclusivos de esta construcción emeritense. Con motivo de su estudio se presentó la ocasión de analizar otros edificios hispanos donde se daban encuentro los códigos simbólicos emanados de la decoración pictórica y esa arquitectura de arcos y columnas. En Santa Eulalia de Bóveda (Lugo) o en Tróia (Setúbal, PT), los dos paralelos más cercanos, persiste de forma explícita³ una estrecha relación con las religiones orientales, poniendo sobre la mesa la posibilidad de que los tres -incluido ya el edificio emeritense- constituyan un posible modelo de arquitectura pagana (Rodríguez 1992; Heras 2014).

Quizás convenga, además, tener en cuenta que estos tres edificios comparten cronología. El análisis pictórico, el apunte estratigráfico -en los casos portugués y de Mérida- y estudio material, proponen un tiempo de finales del siglo IV a comienzos del V. Si en el templo de Lugo ha habido ciertas disensiones acerca de las fechas de las pinturas (p.e.:

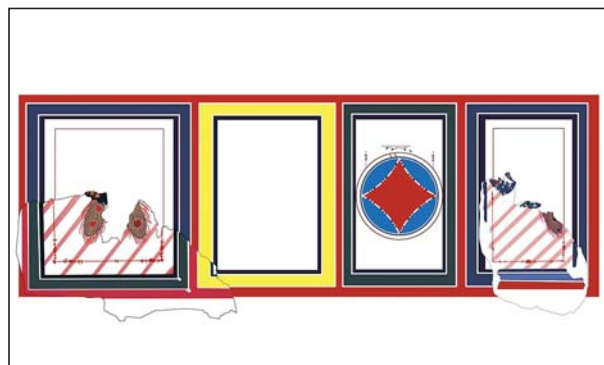


FIGURA 24

Recomposición de varios de los paneles pictóricos recuperados entre los derrumbes del edificio tardorromano del sector NO.



FIGURA 25

Restitución de un fragmento de arco estucado con decoración pictórica.

3 En virtud de un elemento iconográfico -hoy desaparecido y cuya existencia es quizás difícil de sostener en la actualidad- se ha atribuido el monumento portugués a un origen cristiano (Marques da Costa 1930-31; Alarcão 1968, 183; Maciel 1996, 235-268; Pinto, Magalhães y Brum 2016, 316); más allá de ese monograma -crismón- no se conocen datos fidedignos de que su origen sea realmente cristiano (para profundizar en el tema: ver argumentación en Heras 2011, 72-75; 2014).



FIGURA 26

Inscripción votiva dedicada a la Magna Mater (García y Bellido 1967, lám. VII y VIII), aparecida a pocos metros de la intervención arqueológica del Corralón de los Blanes.

Abad 1982, 366-367; Singul 1999; Guardia 2002, 261; Vidal 2003; Montenegro 2005; Montenegro *et al.* 2008), no lo ha sido tanto en Tróia (Maciel 1996, 233; Nunes 2001) o Mérida, donde además contamos con firmes argumentos en este sentido, como la cronología que arroja la nivelación previa a su construcción, la segunda mitad del s. IV⁴. El otro extremo cronológico, el de su colapso, amortización u obliteración, nos sumerge ya en otra interesante cuestión que, tal vez, desemboque en una derivada histórica.

El decisivo siglo V

Las primeras décadas del siglo V debieron ser para Mérida, en sintonía con las demás capitales del Imperio, unos momentos de fuertes sacudidas sociales y convulsión militar que llegaron hasta las mismas puertas de las ciudades, por muy alejadas que éstas estuvieran de los conflictos por el poder en Roma o de la presión en las fronteras septentrionales. En las líneas que siguen, vamos a tratar de apreciar ciertos detalles estratigráficos y determinados testimonios materiales de gran rotundidad que

pueden tener cabida en una interpretación histórica global. Aprovechemos la oportunidad de analizar qué podría estar ocurriendo en un espacio extramuros, como es éste del suburbio norte emeritense, en ese inestable periodo, ponderando su valor como notario arqueológico de una zona tan expuesta a las amenazas exteriores.

El final de un proyecto urbanístico

La rotundidad de los niveles de abandono y destrucción de los edificios levantados a finales del siglo IV supone un argumento de peso para tratar profundizar en las razones de su colapso y, tal vez, valorar unas posibles implicaciones históricas aparejadas. Comencemos estimando el momento en que se debió producir el desplome de toda esa arquitectura, teniendo en cuenta el interesante apunte de que, tanto el complejo del sector suroccidental -almacén y panadería- como nuestro espacio de las aves y las flores, ocurrió en un momento muy próximo, seguramente simultáneo. Sobre este último logramos buenos indicadores. Si bien las ánforas amortizadas en su interior -Dr. 23 y Almagro 51C- no permiten demasiada precisión, o el conjunto cerámico recuperado en el espacio anexo -lucerna de doble piquero, imitación del tipo *policandelon* naviforme, y fuente de la forma 61a, ARSW-D- acaso puede fecharse a comienzos del siglo V (Heras, Bustamante y Aranda 2012, 190), contamos con un contexto de excepción que nos aproxima de forma considerable hacia ese ansiado dato (fig. 27).

Formando parte, precisamente, de ese nivel de destrucción documentamos un grupo de cuerpos humanos insepultos; en realidad, tres conjuntos diferencialmente conservados de huesos en conexión anatómica, que habían permanecido bajo los derrumbes de *tegulae* en la fachada norte de este edificio (fig. 28). La primera valoración sobre el

4 Los materiales cerámicos más recientes de los aportes que colmataron las fosas y desniveles en el momento de la nivelación del terreno para la construcción de éste y los demás edificios coetáneos, tan sólo permiten situarnos en un instante impreciso de la segunda mitad del siglo IV, en virtud de la presencia de los tipos Hayes 54, 58, 59, 60 o 61 en ARSW-D. Agradezco a Macarena Bustamante el dato cronológico, extraído de su tesis doctoral (Bustamante 2013b).



FIGURA 27

Contexto cerámico asociado al conjunto de figurillas femeninas de hueso, aparecido en el nivel de abandono de la estancia anexa al edificio tardorromano del sector NO de la intervención.

terreno nos permitió reconocer efectivamente tres individuos distintos⁵, si bien el análisis posterior parece concluir con una cifra substancialmente distinta, de 6 n.m.i., de los cuales podrán reconocerse una mujer y dos varones, con intervalos de edad muy semejantes, comprendidas dos de ellos entre los 27 y 28 años y los 25 a 35 el tercero⁶ (Heras, Peral y Rodríguez 2014, 1872). El caso es que, del cuello de uno de estos cuerpos debió haber prendido una bolsa de monedas; así fueron hallado un conjunto de



FIGURA 28

Restos humanos aparecidos bajo los derrumbes del edificio tardorromano del sector NO, junto a su fachada norte.

monedas de bronce, con escaso desgaste pero con alto nivel de oxidación. Se trata de maiorinas reducidas de Honorio, Arcadio, Graciano y Teodosio el Grande; en el anverso aparece el busto del emperador a derecha con coraza y diadema, y se lee *D(ominus) N(oster) Arcadius* -o *Honorius, Gratianus o Teodosius-* *P(ius) F(elix) Aug(ustus)*; en el reverso se le representa estante de frente, cabeza a derecha y portando *labarum* y globo, con la leyenda *Gloria*

5 A partir del primer informe antropológico acometido por Guadalupe Rodríguez, se deducen esos tres individuos adultos, dos hombres y una mujer. Del individuo A se conserva la parte superior del esqueleto -vértebras cervicales, las escápulas, huesos largos de las extremidades superiores y cráneo, ambos maxilares con piezas dentales con elevado grado de abrasión- correspondiente a una mujer de entre 33 y 45 años; del individuo B, se identificaron las extremidades inferiores más el coxal y pubis, la columna vertebral -lumbares y dorsales- costillas y huesos largos de los brazos, que debieron corresponder a un individuo masculino de 24 años (edad determinada a través de la sínfisis púbica); y el individuo C, aún más alterado que los demás por los derrumbes del tejado, del que se conservan los huesos largos de las extremidades inferiores, sacro y últimas vértebras, además del brazo izquierdo y restos de la escápula, correspondientes a un hombre de entre 30 a 35 años, dato deducido a partir del coxal y medidas antropométricas en los huesos largos.

6 Este dato se ha concluido a partir de la morfología de la superficie auricular del coxal y del grado de atrición de las piezas dentales.

Romanorum; exergo ilegible (Heras 2011, 52). El conjunto, en definitiva, nos sitúa en una fecha próxima al cambio de siglo, quizás el primer decenio o -tal vez mejor- las primeras décadas del V.

Es indudable el interés que despiertan todos estos datos. De un lado, una destrucción masiva, o cuanto menos simultánea, de los edificios o complejos de esta parte del suburbio septentrional de la ciudad; por otro lado, la violencia que demuestra ese dramático colapso, en el que perece un grupo de personas, tal vez sorprendidas por él, tanto en el edificio cultural de las flores y las aves como en la panadería -donde se documentaron inicialmente restos de al menos un individuo-; y, por último, la cronología de ese instante, los inicios de un convulso siglo que será decisivo para el Imperio Romano y sus ciudades.

No hacía muchos años que se había re proyectado toda esta zona, recuperada del voraz apetito del vertedero urbano, o se habían alzado esos edificios de potentes alzados de tapial revocado y ostentosamente decorado. Pudiéramos haber sospechado de una acción punitiva dirigida contra el contenido ritual y pagano de aquel “templo” de culto oriental, o de un fallo estructural motivado por un complicado sistema sustentante con diferentes niveles de columna. Ésta era una de las primeras interpretaciones que nos surgían analizando los datos obtenidos (Heras 2011, 134-135); tampoco la simple obsolescencia e inmediato abandono pudiera explicar la excepcionalidad de los materiales recuperados en el interior, la muerte de esas personas o el hecho mismo de no haber recibido sepultura.

De todas formas, hemos de recordar que su fin no fue un hecho aislado; más al contrario, el fenómeno que habría precipitado su ocaso debe hacerse extensible al complejo que se prolonga frente a él y hasta la puerta misma de muralla urbana. En este sentido, estamos obligados a buscar causas más generales y aleatorias. Se nos ocurre un acontecimiento catastrófico como posible explicación a un fenómeno generalizado en la zona, no necesariamente natural, tal vez social, quizás político o, por qué no, militar. Con frecuencia, la historiografía de la tardoantigüedad encuentra en los

movimientos migratorios un detonante para explicar determinadas actitudes de autodefensa de las ciudades o una causa para entender la concurrencia de huellas arqueológicas de destrucción en los estratos del siglo V. Nos referimos, tomando como ejemplo paradigmático el caso emeritense, a los refuerzos defensivos que se han detectado en la cerca urbana (Mateos 1992, 63; 1995a, 138-140; 1995b, 204; 1997; Calero 1986, 133-176; 1992; Alba 1997, 292; 1998, 364, 372-374, 382; 2005), calificados incluso como “murallas del miedo” (Cerrillo 1985, 195). Y es que las consecuencias irradiadas desde los textos de autores como Hidacio pueden parecer ciertamente exageradas, pero es indudable que algún efecto directo debieron tener los asaltos de los llamados “pueblos germánicos” sobre las áreas más desprotegidas de las ciudades amuralladas romanas.

Hemos de suponer que, en muchos casos, los ataques tuvieron por objeto la obtención de botín. Recordemos para Mérida -válganos el mismo ejemplo- el capítulo de la muerte de Heremigario, consecuencia milagrosa de la “ofensa” a la mártir emeritense Santa Eulalia (Hyd. 80), un ultraje que se puede leer en sentido estricto -como profanación o destrucción del *tumulus* de la niña Eulalia (Mateos 1994)-, pero que, teniendo en cuenta la mentalidad de un religioso como el obispo de Chaves -Hidacio-, también sería plausible traducirse desde una óptica más amplia, como un asalto o saqueo a la propia ciudad, protagonizada por un grupo de bárbaros, paganos o heréticos, y valorar así las huellas detectadas en toda esta fachada urbana (Mateos 1992a, 62; 1992b; 1993, 128; 1995a, 135-137; 2000, 505; de la Barrera 1995a; 1995b; Palma y Bejarano 1997, 44-52; Montalvo 1999). En otros casos, sin embargo, esa finalidad pudo haber alcanzado, seguramente, un carácter más ambicioso y entroncar con un plan político y territorial; de nuevo, *Emerita* se verá envuelta en una situación comprometida en todo este contexto de inestabilidad.

El horizonte funerario del siglo V

Los edificios levantados a finales del siglo IV, unas décadas después se habían transformado en difuminados túmulos que flanquean la vía de salida



FIGURA 29

Planta de la fase tardorromana de la intervención, donde se representa la relación de las sepulturas de inhumación; en oscuro las que contienen elementos singulares de ajuar o depósito funerario.

de la ciudad, la enésima versión de aquel camino primigenio que partía hacia el norte. Más allá de estas posiciones, sobre una suave loma aplanada en el sector noreste de la parcela, se concentran decenas de enterramientos, en apariencia ordenados (fig. 29). En su mayoría corresponden a sepulturas en fosa simple, con cubierta plana o a dos aguas de *tegulae*, que contienen inhumaciones decúbito supino, orientación O-E. La pauta ritual en la necrópolis tardorromana de Mérida se reproduce sin más en este espacio.

Por lo general, son tumbas sin depósito ritual ni ajuar personal, siguiendo -también en este aspecto- ese paradigma para las inhumaciones de los siglos IV y V, desprovistas de todo elemento suntuario, simbólico o apotropaico, siguiendo lo habitual en la ciudad (Bejarano 1998). Sin embargo, un reducido grupo de ellas se apartan de la generalidad. Los cuerpos aparecen adornados con pendientes, algún anillo,

colgantes, collares, fíbulas y broches; en algún caso, incluso, se incluyen una jarra cerámica y una copa de vidrio.

Uno de los elementos más significativos es el par de fíbulas que aparecieron sobre los hombros de un enterramiento femenino (fig. 30). Estas fíbulas “de láminas plateadas” -o *blechfibeln*- corresponden a un tipo muy característico del atuendo femenino y aristocrático de las gentes que habitaban los territorios orientales de Europa, concretamente la cultura de Černajahov, durante los siglos III a V en el ámbito pónico (Kazanski 1989, 59; 2009a, 433-434; Kazanski y Mastykova 2003a, 107). Constituyen uno de los índices materiales más identificativos de las sepulturas vinculadas a las “Grandes Migraciones del siglo V”, junto a otros ítems -algunos de los cuales veremos a continuación-, formando parte de ese “Horizonte *Untersiebenbrunn*”, Nivel D2 de Tejral (1988) o IA de G. Ripoll (1985; 1991) que caracteriza



FIGURA 30

Fotografía de uno de los enterramientos singulares femeninos tardorromanos, aparecidos en la intervención arqueológica del "Corralón de Blanes".

arqueológicamente la huella de esos pueblos germanos orientales, del Bajo Danubio o del área póntica que rebasaron las fronteras imperiales y penetraron hasta los confines occidentales de Europa.

Sobre el cráneo y en torno al cuello de la misma sepultura femenina hallamos varias decenas de láminas de oro repujadas (fig. 31). Presentan formas cuadradas, triangulares, circulares y en doble espiral, y pequeñas perforaciones en sus ángulos o extremos para ser asidas al tejido, a modo de remate decorativo de los paños. Los paralelos más directos nos llevan nuevamente a contextos funerarios de la Europa Oriental (Kamenecky y Kropotkin 1962; Kazansky y Mastikova, 2003a, fig. 4), como Sinyavka, en la ucraniana Smolin o los húngaros, rumanos, rusos o polacos de Regöly, Papkeszi, Lebény, Cosoveni, Muhino, Bol'soj Kamenec o Kosino, y también a necrópolis Centroeuropeas y occidentales, como las



FIGURA 31

Conjunto de láminas repujadas de oro aparecidos en el enterramiento femenino tardorromano.

de Untersiebenbrunn, Hochfelden o Airán (Salin y France-Lanord 1949; 1956). Incluso, en el norte de África, como las sepulturas tunecinas de Kudiat-Zateur o en Thuburbo-Majus (König 1981, fig. 6, lám. 49a, 49b; Eger 2001, fig. 12), siempre en relación con esos pueblos "bárbaros" protagonistas de esas "Grandes Migraciones".

Otras piezas, igualmente áureas, reinciden en ese origen oriental. Es el caso de un collar aparecido en otro de los enterramientos, conformado por una decena de piezas de forma lanceolada, remate de filigrana y pequeño cabujón con granate (fig. 32). Esta morfología se repite frecuentemente en la orfebrería del momento, si bien los paralelos más próximos, al menos desde el punto de vista técnico, serían aquellas lunetas granadinas del collar del Albaicín, las de Gradeshka o las piezas del museo de Cracovia o en Kapulovka (Gudkova y Redina 1999, 181; Mastikova y Kazansky 2006, fig. 11).

En el caso granadino, además, se dan encuentro otro de los tipos más característicos de ese ornato femenino de las gentes del ámbito póntico, integrados una vez más en ese nivel D1 de Tejral (Kazanski 2009a, 434). Son cuentas tubulares que se documentan con cierta frecuencia en las necrópolis europeas asociadas a las migraciones del siglo V e incluso el norte de África. Además de las citadas hispanas (Maczynska 1986), las documentamos en



FIGURA 32

Collar formado por una decena de piezas áureas de forma lanceolada, remate de filigrana y pequeño cabujón con granate, aparecido en otro de los enterramientos femeninos tardorromanos de la intervención arqueológica del “Corralón de los Blanes”.

Hochfelden (Hatt 1965), Kertsch (Bierbrauer 1991, 563) o Untersiebenbrunn (Wieczorek y Perin 2001, 108-111), Tanaïs (Arser’eva *et alii*, *ap. v.* Kazansky y Mastikova 2003a, fig. 2), en Koutchistoe, Muhino (Aïbabin y Khairedinova 1999; Mastikova y Kazansky 2006, fig. 6, 7), Thuburbo-Majus (König 1981), Gourzouf, Kurci (Vinogradovka, Odessa), Iragi (Abakarov y Davudov 1993; *ap. v.* Kazansky y Mastikova 2003a, fig. 3), en Bakla, Kupcyn-Tolga, la necrópolis húngara Bakodpuszta (Goram y Kiss 1992, 41, fig. 31) y, otra vez, en la necrópolis caucásica de *Tsibilium* (Mastikova y Kazansky, 2006, fig. 10 y 11; Kazansky y Mastikova 2007) o *Singidunum*, en Belgrado (Ivanisevic y Kazansky 2002, lám. VII).

Encontramos uno de los más interesantes ítems en otra sepultura, unos broches áureos en forma de mosca, abeja o cigarra, presentes igualmente en la “moda ponto-danubiana” del siglo V (Kazansky 1989, 59). Están presentes, como los anteriores, en las necrópolis de Untersiebenbrunn o la ucraniana de Kertch (Reinach 1892, *ap. v.* Mastikova y Kazansky 2006, fig. 2; Kazansky 1989, 59), en Chersonèse

(Aïbabin 1990), Beaurepaire (Colardelle 1983, *ap. v.* Kazansky 1989) o la llamada “Tumba de Childerico”, en Tournai (Bélgica), en la Biblioteca Nacional de Francia (Kazansky y Perin 1996; 1997).

Las princesas suevas y la sedes regia emeritense

A la luz de todo este recorrido, el contexto cronológico e histórico de estos conjuntos parece claro. Cada tipo y cada contexto incide repetidamente en un modo específico de vestido y ornato personal, por lo general femenino, que puede llegar a alcanzar calidad de signo identitario. Ya no sólo los objetos individualmente, sino sus relaciones son propias de los grupos germanos orientales, de las llanuras sármatas, del ámbito bajo danubiano o de las orillas del Mar Negro, y reproducen al avance de estos pueblos a través de las actuales regiones austríaca, germana y francesa, hasta el norte de África. En *Hispania* no eran precisamente abundantes los contextos arqueológicos que demuestren de forma tan fiel esa relación. La mayoría de la veces constituyen elementos aislados, lo que dificulta establecer una clara correspondencia de los objetos con esos inmigrantes orientales que -hemos de prever- estuvieron presentes en la Península Ibérica e intervinieron activamente en el declive del poder de Roma en este siglo V. Entre los tradicionales argumentos en este sentido se encuentran la conocida *spata* de Beja (Raddaz 1959), el collar de Beiral (Viana 1961; Rigaud 1979; López 2001), de Vigo (Casal y Paz 1997) o el ya aludido del Albaicín de Granada (Maczinska 1986, 375-387), o las piezas de Valleta del Valero (Pinar 2006-07), entre otras piezas (Barroso *et al.* 2006; 2009; López 2010, 115-132; Koch 1999).

El hallazgo de Mérida supone, hoy por hoy, el más contundente conjunto de orfebrería de origen pónico-germano-danubiano de *Hispania*. Es además un testimonio netamente funerario, donde las diferentes asociaciones de objetos pueden considerarse fieles a los cánones de esa moda pónico-germano-danubiana, acorde con la formación de los exclusivos ajuares orientales y centroeuropeos ligados a los movimientos migratorios de inicios del siglo V. Cabría esperar,

pues, que los personajes enterrados con todos estos elementos suntuarios correspondan a estas gentes, entendiendo que todas estas sepulturas parecen mantener entre sí un vínculo común, ya no sólo espacial, sino por simple coherencia en esas asociaciones de ornatos o el modo mismo de portarlos, individual o colectivamente.

Hemos de advertir, sin embargo, de la dificultad que supone establecer una correspondencia directa entre cada tipo o agrupación de objetos y una etnia determinada, sobre todo si tenemos en cuenta todo ese *mare magnum* de pueblos o grupos étnicos que partió de un territorio común, las fronteras nororientales del Imperio Romano, donde convivieron y se “amalgamaron” durante siglos. Debíó ser en ese espacio donde se produciría tal grado de mestizaje antropológico entre poblaciones de origen heterogéneo que, hasta cierto punto, comparten un tronco cultural y una forma política y religiosa próximas (Kazanski 2009a, 427; 2009b).

No podemos, en definitiva, distinguir si tal o cual conjunto funerario es debido a un determinado pueblo oriundo del ámbito pónico, bajodanubiano, germano-oriental o de las llanuras sármatas. Esta cuestión no es en modo alguno baladí, sobre todo cuando llega el momento de apreciar el encaje histórico de todo ello. Hemos avanzado la posibilidad de que *Emerita* fuera asaltada poco después de que esos pueblos hubieran atravesado los Pirineos, tras recorrer buena parte de la Europa Central y una vez que se repartieran los territorios hispanos, en 411. De los suevos, vándalos, godos y alanos, que emprendieron su viaje años atrás, la provincia *Lusitania* tocó en suerte a estos últimos. Poco sabemos sobre carácter de su presencia aquí y nada conocemos de su incidencia real en la capital provincial. Tal vez habría que esperar, acaso, una actitud de saqueo, de obtención de botín en una ciudad que conservaba aún su preponderancia económica y política, como residencia del vicario y del aparato administrativo que lo acompaña. Un suevo, Heremigario, falleció en el Guadiana tras infligir un golpe, aún no bien ponderado, a Mérida, si nos atenemos a la lectura amplia del aludido texto hidaciano. Ese capítulo histórico debió suponer un

duro revés, si no material, sí al menos psicológico, mostrándose la ciudad vulnerable al ser alcanzada en sus símbolos religiosos más importantes, siempre que tomemos la ofensa a la mártir narrada por Hidacio -*Hyd.* 80- como hecho objetivo y no como recurso literario.

Sin embargo, no debemos olvidar que estos enterramientos singulares que analizamos contienen también un incontestable componente social, un valor exclusivo que permite reconocer a las portadoras de estas joyas como auténticas “princesas bárbaras”. Pertenecen rotundamente a un grupo aristocrático, distinto y distinguido frente a la sociedad local hispanorromana, sobre la que se habría impuesto de alguna forma. Ahora bien, ¿qué pueblo de estos que englobamos en esas “Grandes Migraciones del siglo V” tubo la oportunidad de enterrar aquí a una parte tan significativa y apreciada de su orden social? Pudieron ser esposas de los guerreros -romanos o bárbaros- que participaron en el mantenimiento del *limes* o en alguno de los asaltos que sufriera Mérida en estos años; si bien su número -nueve mujeres- nos puede parecer una cifra elevada si de lo que hablamos es de jóvenes nobles. Creemos, por el contrario, que este grupo habría de entenderse en un contexto de un pretendidamente prolongado establecimiento, al menos de una implantación o integración, algo más que transitoria o eventual, en el seno de la estructura social y política emeritense.

En un vuelco de la estrategia territorial de los suevos, éstos habían puesto su vista en la capital lusitana, referencia aún del poder político, económico, administrativo y territorial en *Hispania*. En 439, Requila -su rey- había tomado Mérida y fallecía aquí una década más tarde, en 448 (*Hyd.* 115). En todo ese tiempo hemos de esperar que estableciera en ella su corte, que lo acompaña en su avance conforme al comportamiento social de estos pueblos, aglutinados por el logro un botín de guerra, pero también por la existencia de un linaje real y aristocrático (Wenskus 1961; Pampliega 1998). No debe extrañarnos pues si nos encontramos con una huella clara de la presencia de unas élites bárbaras en la ciudad, pues a partir de las palabras de Hidacio cabe esperar, no sólo unas señales de violencia, motivadas por un asalto o

represalia, sino también otros signos en la arquitectura o, como este caso, en el ámbito funerario. Abogamos, teniendo en cuenta todo lo avanzado, por un asentamiento oficial de los suevos en Mérida, de apenas un decenio de existencia, una fugaz *sedes regia* emeritense auspiciada por el ambicioso proyecto territorial de Requila, previa en todo caso a un nuevo y rotundo giro político que habrá de imprimir su sucesor, Requiario, a su muerte, dirigida hacia un reino más septentrional y, a la postre, longevo.

SÍNTESIS DE LOS RESULTADOS: REFLEXIÓN FINAL

Si alguna idea general hemos de extraer de este apresurado recorrido por la evidencia arqueológica rescatada de nuestros trabajos y su interpretación, aquélla es precisamente el potencial histórico que posee todo ello en conjunto, más si se pondera la posibilidad de analizarlo diacrónicamente. De una forma u otra, en esta media hectárea de terreno ha quedado fosilizada casi toda la historia de la Mérida romana. La modificación de los espacios, sus usos y topografía muestran directamente el devenir urbano de una parte de su trama extramuros; de otro lado, el contenido del vertedero y su dimensión cronológica, a lo largo de todos estos siglos, es fiel documento de los cambios operados en el interior de las murallas. La alimentación de sus habitantes, el tránsito de las modas decorativas de sus casas, los cauces comerciales o de abastecimiento, etc dejan su huella en las basuras, orgánicas -huesos animales fundamentalmente- y utensilios descartados, rotos u obsoletos.

Nos encontramos, en definitiva, ante un libro abierto, donde cada estrato es un apunte del registro histórico emeritense, cuyas primeras páginas arrancan casi desde el momento mismo de la deducción colonial y su epílogo coincide con el ocaso del Imperio. Hemos visto de qué manera se habría dignificado una de las entradas de la joven ciudad, donde el camino que se dirigía a una de sus puertas septentrionales venía jalonado por imponentes mausoleos. La monumentalidad de estas construcciones encuentra paralelos en las principales ciudades del Imperio, como Ostia o Pompeya, si bien, la propia *Augusta*

Emerita debió contar magníficos ejemplos de arquitectura funeraria, inspirados en el mundo itálico, pero también africano y oriental, como esas torres pétreas.

Sin embargo, hay una cuestión en todo esto de las “vías sepulcrales” generadas frente a las murallas urbanas de Mérida que nos llama poderosamente la atención y que parece contrastar con el esfuerzo invertido en la construcción de estos mausoleos y otras infraestructuras próximas. El análisis cruzado de los datos cronológicos de estos monumentos y los que aportan los residuos urbanos que los sepultan nos lleva a considerar un breve intervalo de tiempo. Ya las excavaciones de los llamados Columbarios, en la fachada meridional de la ciudad, parecían poner de manifiesto una excepcional conservación de sus restos, favorecido tal vez por una apresurada cubrición que les borra directamente del paisaje urbano; los materiales asociados a esos estratos denuncian precisamente una rauda cubrición. En el caso que ahora nos toca, los edificios funerarios del “Corralón de los Blanes”, éstos acogen unos enterramientos que no van más allá de época tiberio-claudia, y los niveles que ocultan toda su arquitectura pueden fecharse durante el periodo flavio, quizás las décadas de los años 60 ó 70, a lo sumo, del mismo siglo I. Parece claro, pues, que existe una voluntad -o simplemente una consecuencia- generalizada de transformación topográfica de esos espacios suburbanos. Quizás no sea este el momento de profundizar en ello, pues resta aún un análisis pormenorizado de las fechas y los acontecimientos históricos que afectaron a la ciudad en este tiempo, y explicar así un cambio trascendental como éste.

Sea como fuere, lo cierto es que en los últimos decenios del siglo I y los siguientes esa arquitectura monumental es sustituida por una nueva escala en la dimensión de las sepulturas. La nueva superficie resultante, la que ocultaba -total o parcialmente- esos mausoleos o enterramientos colectivos, se va a convertir en plataforma sobre la que volver a sepultar y, de hecho, algunos espacios se pueblan de marcadores de tumbas. *Mensae* funerarias revocadas de estuco pintado, algún *cipo* pétreo que se alza más de un metro sobre el suelo o una *cupa* granítica sobre

podio de sillares parecen manifestar cierta predilección -o giro en la moda- hacia modelos arraigados en la tradición africana, más que la puramente latina.

La conservación de las decoraciones pictóricas de las *mensae* y de la integridad de estos otros monumentos dejan traslucir esa misma rapidez que habíamos observado a propósito de los edificios anteriores para cubrir drásticamente todo este espacio, incluidos los caminos, que son nuevamente re proyectados, eso sí, a cotas superiores. El empuje del vertedero será, ahora de forma incontestable, el verdadero motor del cambio topográfico. Durante décadas, será protagonista de la actividad antrópica en el Suburbio Norte, permitiendo a lo sumo hiatos que son aprovechados para volver a enterrar -esta vez ya sepulturas de inhumación- y ofrendas materiales.

Existe por tanto una renovación topográfica y urbanística durante los siglos II y III, que dará al traste con el proyecto original al final de este periodo. No quedaba rastro alguno de los caminos o de los monumentos que los jalonaban, ni de los recintos primigenios que pudieron delimitar propiedades y usos del suelo; tampoco de las infraestructuras iniciales, ni de las cloacas que se habían construido ante la necesidad de encauzar las aguas caducas una vez se hubieran trastocado las pendientes originales. El enorme basurero que alterará definitivamente la primitiva visión de la ladera norte de la ciudadela emeritense había fagocitado toda muestra de actividad funeraria y urbanística acometida en la zona hasta el siglo III. Quizás todavía a comienzos de la centuria siguiente se mantenga cierto ritmo en el aporte de basura urbana -doméstica, industrial y constructiva- sobre el desigual buzamiento del terreno, no obstante, en menor medida que las décadas precedentes.

A mediados del siglo IV, el aspecto de toda esta zona suburbana pudiera ser el de un terreno agreste, irregular, con enormes montones de escombros y grandes fosas que atraviesan longitudinalmente todo este espacio. Alguna de éstas son verdaderas cárcavas sometidas al régimen pluvial, cuyo cauce ha vuelto a sacar a la luz parte de esos monumentos funerarios

de la primera etapa de la ciudad, hasta entonces sepultados y olvidados. De todos modos, tampoco transcurrirá demasiado tiempo desde que se interrumpa el vertido de residuos urbanos hasta que ese terreno vuelva a ser nuevamente modificado. A mitad de la centuria y durante el tercer cuarto del siglo IV la topografía se ve nuevamente transformada, esta vez no ya dentro de la dinámica anárquica del basurero sino del deseo de regularizar la topografía y la necesidad de generar nuevas plataformas sobre las que volver a construir. Es el momento en que las enormes terreras del vertedero se tallan para lograr al menos dos terrazas, sobre las que resurge el viejo camino de salida de la ciudad -si es que alguna vez fue inutilizado del todo- y nuevas construcciones jalonándolo.

Una de esas edificaciones constituye aún uno de los más interesantes casos de arquitectura religiosa y pagana con que cuenta la ciudad y -probablemente también- la Hispania tardorromana. Esa es al menos la conclusión del estudio que uno de nosotros acometió (FJHM) a partir de un diseño arquitectónico muy particular, con un programa pictórico -iconográfico y simbólico- excepcional y un exclusivo contenido artefactual, formado por elementos de uso ritual y religioso. Además de este hipotético santuario de culto oriental, se generan en torno a ese camino al menos dos conjuntos de edificaciones, con plantas complejas, que asumen actividades industriales, como una panadería, y supuestamente domésticas. La imbricación de estas instalaciones y usos en espacios comunes o inmediatos es algo sobre lo que cabría profundizar en un futuro y esperamos hacerlo conforme se reanuden los trabajos en el sitio.

Sin duda, *Emerita* debió vivir un renacer de su actividad económica y cultural a mediados o finales del siglo IV, que se manifiesta en una mayor inversión pública y privada y en cierto desarrollo edilicio. Esto se va a reflejar, de forma más o menos nítida, en la rehabilitación de los edificios de espectáculos -Teatro y Circo- y, en el caso que nos ocupa, en la construcción de estos complejos industriales, domésticos y cultuales, cuyo solar es robado a los inestables terrenos desurbanizados del extrarradio, antes ocupados por agrestes basureros.

Si este último apunte -el de la efervescencia constructiva- puede ser leído en términos históricos y suponer un argumento más a favor de la vitalidad de la vieja capital emeritense en momentos avanzados, lo que sigue a ello incide en esta cuestión. Esa tardía hegemonía política e ímpetu social, económico y cultural, habían quedado demostrados en multitud de aspectos artísticos, epigráficos, constructivos o “simplemente” históricos. Las crónicas del momento, referidas a la primera mitad del siglo V, narran -con menos detalle del deseado- determinadas acciones de esos pueblos venidos del oriente europeo, del otro lado de las fronteras del imperio, sobre los territorios hispanos. Sobre *Emerita* advierten, de forma explícita, de saqueos u ofensas e implícitamente de la plausible apetencia de los más ambiciosos de ellos por el poder que emana aún de la ciudad. Uno de los más claros ejemplos de esto último es la “usurpación política” que habría supuesto de facto la instalación del rey de los suevos -uno de esos pueblos- y su corte en Mérida, aprovechando el prestigio y relevancia de ésta, en el contexto de inestabilidad social, política y militar que vivía el Imperio en estos días.

Sin embargo, hasta ahora esas circunstancias no habían sido analizadas desde el punto de vista arqueológico, cuanto menos más allá de esos ambiguos y muchas veces imprecisos signos de destrucción que registra la estratigrafía de sus monumentos, necrópolis y fortificación. Hemos tenido aquí la oportunidad de valorar nítidos niveles de destrucción que afectaron directamente a los últimos edificios levantados a finales del siglo IV, pero también de reconocer, en unos términos más que hipotéticos, las tumbas de los protagonistas de esa corte nobiliaria. Sobre las ruinas difuminadas de aquel santuario e instalaciones industriales, hallamos un conjunto de enterramientos excepcionales e inéditos en la ciudad. Su singularidad no era ya tanto por su ritual funerario o su ubicación, sino por los objetos de indumentaria que portaban los cuerpos o la integración de todos ellos en los casi normalizados conjuntos, propios del vestido de las jóvenes aristócratas de esos pueblos del Mar Negro, bajodanubianos o germano-orientales. El traje, a la “moda germano-ponto-danubiana” (p.ej.: Kazanski

1989; Kazanski y Mastykova 2003a; 2003b), no ofrece dudas del origen cultural o geográfico de la persona que lo porta, supone un signo casi unívoco de la identidad del grupo al que pertenece y, a tenor de lo avanzado, constituye una prueba sin igual acerca del asentamiento de esa corte y la instalación en Mérida de la primera *sedes regia* de los suevos en *Hispania*.

Indudablemente, estos apuntes y todo cuanto se ha avanzado hasta ahora debe darnos aliento para perseverar en nuestra voluntad de dar a conocer los resultados de las excavaciones en el “Corralón de los Blanes”, pero también en el objetivo de interpretar los datos y valorar a través de ellos la historia de la ciudad de Mérida. Hemos de aprovechar la oportunidad que se nos ha brindado, una responsabilidad que aceptamos con enorme ilusión y que ahora comienza a exigirnos un esfuerzo acorde con ese compromiso. Sin embargo, la deuda contraída no es sólo nuestra, que ni comienza ni se salda con este trabajo, sino que se extiende hacia los demás actores implicados, que han de velar por la preservación de los restos y la conclusión del proyecto, que rebasa la difusión del conocimiento y debe apostar decididamente por brindar generosamente todo este patrimonio al conjunto de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L. 1982: *La pintura romana en España*, Sevilla-Alicante.
- ABAD, L. y BENDALA, M. 1985: Los sepulcros turriformes de Daimuz y Villajoyosa: dos monumentos romanos olvidados, *Lucentum* IV, Alicante, 147-184.
- ABAD, L.; ABASCAL, J.M. y SANZ GAMO, R., 2002: Monumentos funerarios romanos de época romana en la provincia de Albacete, *II Congreso de Historia de Albacete, I. Arqueología y Prehistoria*, Albacete, 271-282.
- ABAKAROV, A.I. y DAVYDOV, O.M. 1993: *Arheologičeskaja karta Dagestana*. Moscou.
- AÏBABIN A. y KHAÏREDINOVA, E. 1999: Les ensembles clos de la phase initiale de la necropole de Loutchistoe en Crimée, *L'occident romain et l'europe orien-*

tales au début de l'époque des Grandes Migations, 275-308.

ALARÇÃO, J. 1983: *Portugal romano*.

ALBA, M. 1997: Ocupación diacrónica del área arqueológica de Morería (Mérída), *Mérída excav. arqueol.* 1994-95, 1, 285-315.

ALBA, M. 1998: Consideraciones arqueológicas en torno al s. V en Mérída, Repercusiones en las viviendas y en la muralla, *Mérída excav. arqueol.* 1996, 2, 361-385.

ALBA, M. 2001: Acerca del foso medieval de Mérída. Intervención arqueológica en el nº 50 de la C/ Almendralejo, *Mérída excav. arqueol.* 1999, 5, 165-189.

ALBA, M. 2004: Apuntes sobre el urbanismo y la vivienda de la ciudad islámica de Mérída, *Mérída excav. arqueol.* 2001, 7, 417-438.

ALBA, M. 2005: Evolución y final de los espacios romanos emeritenses a la luz de los datos arqueológicos (pautas de transformación de la ciudad Tardoantigua y Altomedieval). En NOGALES, T. (ed.): *Augusta Emerita: territorios, espacios, imágenes y gentes en Lusitania romana*, Monografías Emeritenses 8, Mérída, 207-255.

ALBA, M. y FEIJOO, S. 2006: Defensas urbanas de la Mérída islámica, *Actas do Seminário Internacional I-Ándalus espaço de mudança. Balanço de 25 anos de História e Arqueologia Medievais Homenagem a Juan Zozaya Stabel-Hansen (Mértola 2005)*, Mértola, 101-110.

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J.M. 2006: Los accesos al recinto de la Colonia Augusta Emerita. La Puerta del Puente. En SCHATTNER, T.G. y VALDÉS, F. (ed.): *Puertas de ciudades. Tipo arquitectónico y forma artística*, *Actas del Coloquio (Toledo 2003)*, Madrid, 221-251.

ARANDA, J.A. 2006: Primeros avances en el estudio de la industria ósea de época romana y tardoantigua hallada en las excavaciones del solar de la calle Almendralejo nº 41 (Mérída), *Mérída excav. arqueol.* 2003, 9, 573-588.

ARCE, J. 1975: Reconstrucciones de templos paganos en época del emperador Juliano (361-363 d.C.), *Rivista di Studi dell'antichità*, V, 201-215.

ARCE, J. 1984: *Estudios sobre el emperador Fl. Cl. Juliano (Fuentes literarias. Epigrafía. Numismática)*, Madrid.

ARCE, J. 2002a: ¿Hispalis o Emerita? A propósito de la capital de la diócesis Hispaniarum en el siglo IV d.C., *Habis* 33, Madrid, 501-506.

ARCE, J. 2002b: Mérída tardorromana (284-409), *Mérída Tardorromana (300-580 d.C.)*, Cuadernos emeritenses 22, Mérída, 13-38.

ARCE, J. 2002c: El mito de Dionysos y Ariadna en un puteal tardorromano del Museo de Mérída (*Augusta Emerita*), *Mérída Tardorromana (300-580 d.C.)*, Cuadernos emeritenses 22, Mérída, 85-113.

ARCE, J. 2006: *Fana, templa, delubra destrui praecipimus: el final de los templos de la Hispania romana*, *AEspA* 79, Madrid, 115-124.

ARSEN'VA, T.M.; BEZUGLOV, S.I. y TOLOCKO, I.V. 2001: *Nekropol'anaisa. Raskopki 1981-1995*, Moscú.

BARRANTES, V. 1877: *Barros emeritenses, estudios sobre los restos de cerámica romana que suelen hallarse en las ruinas de Mérída*, Madrid.

BARRERA, J.L. de la, 1995a: Las necrópolis de Santa Eulalia, Mérída y Santa Eulalia, *Actas de las Jornadas de Estudios Eulalienses*, Mérída, 77-89.

BARRERA, J.L. de la, 1995b: Un conjunto de enterramientos paleocristianos en la necrópolis de Santa Eulalia (Mérída), *Revista de Estudios Extremeños* LI-III, Badajoz, 609-626.

BARRIENTOS, T.; ARROYO, I. y MARÍN, B. 2008: Proyecto de renovación del sistema de gestión de datos arqueológicos en el Consorcio: el SIG de patrimonio emeritense (1ª fase: 2004-2007). Diseño y configuración, *Mérída excav. arqueol.* 2004, 10, 551-575.

BARROSO, R.; LÓPEZ QUIROGA, J. y MORÍN DE PABLOS, J. 2006: Mundo funerario y presencia 'ermánica' en Hispania (siglos V-VI). En LÓPEZ QUIROGA, J.; MARTÍNEZ TEJERA, A.M. y MORÍN DE PABLOS, J. (eds.): *Galia e Hispania en el contexto de la presencia 'Germánica', ss. V-VII: Balance y perspectivas (Archaeological Studies on Late Antiquity and Early Medieval Europe, 400-100 A.D.)*, BAR International Series 1534, Oxford, 213-224.

BARROSO, R.; LÓPEZ QUIROGA, J. y MORÍN DE PABLOS, J. 2009: La presencia 'árbara' en Hispania en las necrópolis del siglo V d.C. En LÓPEZ QUIROGA, J.; MARTÍNEZ TEJERA, A.M. y MORÍN DE PABLOS, J. (eds.): *El tiempo de los bárbaros: Pervivencia y transformación en Gallia e Hispania (siglos V-VI d.C.)*, Zona Arqueológica, 137-149.

BEJARANO, A. 1998: Tipología de las sepulturas en las necrópolis tardorromanas-cristianas de Mérída: evolución de los espacios funerarios, *Mérída excav. arqueol.* 1996, 2, 341-359.

- BEJARANO, A. 1999: Intervención arqueológica en el solar de la C/ Santa Lucía, nº 21. Una calzada de época altoimperial, *Mérida excav. arqueol.* 1997, 3, 109-124.
- BELTRÁN, J. 1990: Mausoleos romanos en forma de altar del sur de la Península Ibérica, *AEspA* 63, Madrid, 183-226.
- BENDALA, M. 1972: Los llamados ‘olumbarios’ de Mérida, *Habis* 3, Sevilla, 223-253.
- BENDALA, M. 1979: Las necrópolis de Mérida, *Augusta Emerita. Actas del Simposio Internacional Conmemorativo del Bimilenario de Mérida*, Madrid, 141-162.
- BENDALA, M.; COLLANTES DE TERÁN, A.; FALCÓN, T. y JIMÉNEZ MARTÍN, A. 1991: *Almonaster la Real*, Huelva.
- BIERBRAUER, V. 1991: Das Frauengrab von Castelbo-lognese in der Romagna (Italien), Zur chronologischen, ethnischen und historischen Auswertbarkeit des ostgermanischen Fundstoffs des 5. Jahrhunderts in Südosteuropa und Italien, *Jahrbuch RGZM* 38, 541-592.
- BLOCH, H. 1989: El renacimiento del Paganismo en occidente a finales del siglo IV. En MOMIGLIANO, A., *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid, 207-232.
- BUSTAMANTE, M. 2009: Un fragmento de Drag. 29 del taller de Montans en Augusta Emerita (Mérida, Badajoz), *Boletín Ex Officina Hispana* 1, 7-8.
- BUSTAMANTE, M. 2011a: *La cerámica romana en Augusta Emerita en época Altoimperial. Entre el consumo y la exportación*, Serie Ataecina, Mérida.
- BUSTAMANTE, M. 2011b: Nuevas consideraciones cronológicas en torno a la producción de paredes finas emeritenses, *Zephyrus*, LXVII, enero-junio, 161-170.
- BUSTAMANTE, M. 2012: Las cerámicas comunes altoimperiales de *Augusta Emerita*, *Cerámicas Hispanorromanas II. Producciones regionales*, 2012, Cádiz.
- BUSTAMANTE, M. 2013a: Gallo-Roman *sigillata* in the Iberian Peninsula: economic and social aspects. En FULFORD, M. y DURHAM, E. (eds.): *Seeing red. New economic and social perspectives on Gallo-Roman terra sigillata*, Institute of Classical Studies. School of Advanced Study University of London, Bics Supplement 102, Londres, 242-257.
- BUSTAMANTE, M. 2013b: *La terra sigillata hispánica en Augusta Emerita. Estudio tipocronológico a partir de los vertederos del suburbio norte*, Anejos de *AEspA* LXV, Madrid.
- BUSTAMANTE, M. 2014: Contextos augusteos en *Augusta Emerita*, *Lucentum* XXXIII, Alicante, 137-150.
- BUSTAMANTE, M. 2015a: El comportamiento del mercado cerámico emeritense en época de Augusto. En LÓPEZ VILAR, J. (ed.): *Actes 2on Congrès Internacional d'arqueologia i Món Antic. August i les províncies occidentals. 2000 Aniversari de la mort d'ugust. Tarraco Biennal (Tarragona 2014)*, vol. 2, Tarragona, 125-132.
- BUSTAMANTE, M. 2015b: Un contexto constructivo de época tardo augustea en *Augusta Emerita*. En QUARESMA, J.C. y MARQUES, J.A. (coords.): *Contextos estratigráficos na Lusitania (do Altoimperio à Antiguidade Tardia)*, Monografias de la Associação dos Arqueólogos Portugueses 1, Lisboa, 25-39.
- BUSTAMANTE, M. 2015c: Nuevos datos sobre el comercio de *Augusta Emerita* en Oriente: el caso de las Late Roman C, *Mérida excav. arqueol.* 2005, 11, 535-550.
- BUSTAMANTE, M. y HERAS, F.J. 2012a: Lucerna con escena de gladiadores, *Catálogo de la exposición 'El Consorcio y la arqueología emeritense. De la excavación al museo'*, Mérida, 46-47.
- BUSTAMANTE, M. y HERAS, F.J. 2012b: Lucerna con forma de cabeza, *Catálogo de la exposición 'El Consorcio y la arqueología emeritense. De la excavación al museo'*, Mérida, 136-137.
- BUSTAMANTE, M. y HERAS, F.J. 2012c: Nouvelles données stratigraphiques pour la connaissance de la forme Hayes 56 en ARSW-D à Augusta Emerita (Mérida, Badajoz/Espagne). En BERNAL *et al.* (eds.), *Acta 27th Congress Rei Cretariae Romanae Fautorum (Belgrado 2010)*, Bonn, 349-354.
- BUSTAMANTE, M. y OLMEDO, A.B. 2012: De las *cupae* emeritenses: nuevos datos estratigráficos. En ANDREU, J. (ed.): *Las Cypae hispanas*, Serie Monografías ‘os Bañales’ Zaragoza, 369-392.
- BUSTAMANTE, M. y SABIO, R. 2014: Fragmentos de bandeja cuadrada en Campaniense C localizados en *Augusta Emerita* (Mérida, Badajoz), *Boletín Ex Officina Hispana* 5, 14-16.
- BUSTAMANTE, M.; OLMEDO, A. B.; GIJÓN, M.E. y HERAS, F.J. 2012: Molde para pasteles, *Catálogo de la exposición: El Consorcio y la arqueología emeritense. De la Excavación al museo*, Mérida, 58-59.

- BUSTAMANTE, M.; SALIDO, J. y GIJÓN, M.E., 2014: La panificación en la Hispania romana” En BUSTAMANTE, M. y BERNAL, D. (coords.): *Artífices idóneos: Artesanos, talleres y manufacturas en Hispania*, Anejos de AEspA, Mérida, 295-318.
- CALDERA, P. 1978: Una sepultura de *cupa* hallada en Mérida, *Habis* 9, 1978, Sevilla 455-463.
- CALERO, J.A. 1986: La muralla romana de Augusta Emerita: contexto histórico y arqueológico. Memoria de Licenciatura inédita, Universidad de Extremadura, Cáceres (1985-1986).
- CALERO, J.A. 1992: La muralla romana de *Augusta Emerita*: Apuntes para una bibliografía crítica de los estudios sobre el recinto, *Revista de Estudios Extremeños* XLIX, 1, Badajoz, 259-276.
- CASAL, R. y PAZ, R. 1997: Un collar de ámbar suevico en Vigo, *Gallaecia* 16, 315-322.
- CERRILLO, E. 1985: Extremadura visigoda. Entre el imperio romano y la invasión musulmana, *Historia de Extremadura*, tomo I, *La geografía y los tiempos antiguos*, Badajoz, 191-207.
- CID, C. 1947-48: El monumento conocido por ‘orre de los Escipiones’ en las cercanías de Tarragona, *Ampurias* IX-X, Barcelona, 137-169.
- CID, C. 1949: El sepulcro de torre mediterráneo y sus relaciones con la tipología monumental, *Ampurias* XI, Barcelona, 91-126.
- COLARDELLE, M. 1983: *Sépulture et traditions funéraires Ve au XIIIe siècle ap. J.-C. dans les campagnes des Alpes françaises du Nord*, Grenoble.
- DONCEL, J. 1991: *Mérida, historia urbana (1854-1987)*, Mérida.
- EGER, C. 2001: Vandalische Grabfunde aus Karthago, *Germania* 79, 347-390.
- FEIJOO, S. 2000: Generación y transformación del espacio urbano romano de Augusta Emerita al exterior de la muralla, *Mérida excav. arqueol.* 1998, 4, 571-581.
- FERNÁNDEZ, A. y HERAS, F. J. 2012a: Fragmento de estuco, *Catálogo de la exposición: El Consorcio y la arqueología emeritense. De la Excavación al museo*, Mérida, 138-139.
- FERNÁNDEZ, A. y HERAS, F. J. 2012b: Fragmento de pintura mural, *Catálogo de la exposición: El Consorcio y la arqueología emeritense. De la Excavación al museo*, Mérida, 186-187.
- FERNÁNDEZ-GUERRA, A. 1875: *Museo Español de Antigüedades IV*, Madrid.
- GONZÁLEZ CORDERO, A. y HERNÁNDEZ LÓPEZ, M. 1992: El mausoleo turriforme de Jarandilla (Cáceres), *Alcántara* 26, Cáceres, 49-59.
- GORAM, E. y KISS, A. 1992: *Goldfunde aus der Völkerwanderungszeit im Ungarischen Nationalmuseum*, Budapest.
- GUARDIA, M. 2002: El Santuario romano de Bóveda en su ornamentación pictórica, *Semata*, Ciencias Sociais e Humanidades 14, 253-276.
- GUDKOVA, A.V. y REDINA, E.F. 1999: Sarmatskij mogil’nik Gradeška v nizov’jah Dunaja, *Starožitnosti Pivničnogo Pričornomor’ja ta Krimu*, 7, 177-193.
- HATT, J.J. 1965: Une tombe barbare du Ve siècle à Hochfelden (Bas-Rhin), *Gallia* 23, 250-256.
- HERAS, F.J. 2011: *Un edificio singular de la Mérida tardorromana: un posible centro de culto metróaco y rituales taurobólicos*, Ataecina, Colección de Estudios Históricos de la Lusitania 8, Mérida.
- HERAS, F.J. 2012: Amuleto femenino, *Catálogo de la exposición: El Consorcio y la arqueología emeritense. De la Excavación al museo*, Mérida, 182-183.
- HERAS, F.J. 2014: Sobre un posible modelo de arquitectura pagana en *Hispania*. En XVIII CIAC: “entro y periferia en el mundo clásico. Los modelos arquitectónico de Roma y su impacto en las provincias” (Mérida 2012), Roma.
- HERAS, F.J. y MÁRQUEZ PÉREZ, J. 2012: Urna funeraria, *Catálogo de la exposición ‘El Consorcio y la arqueología emeritense. De la excavación al museo’*, Mérida, 112-113.
- HERAS, F.J. y OLMEDO, A.B. -e.p.a-: En torno al fin de la Romanidad en *Augusta Emerita*. Novedades en la necrópolis tardorromana. *Seminario Internacional Augusta Emerita y la Antigüedad Tardía* (Mérida 2015), MNAR.
- HERAS, F.J. y OLMEDO, A.B. -e.p.b-: Élites bárbaras en Emerita. En V Coloquio Internacional ‘uevas Perspectivas sobre la Antigüedad Tardía’ *La pérdida de las Hispanias. Ideología, poder y conflicto* (Madrid 2016), Universidad Complutense de Madrid.
- HERAS, F.J. y OLMEDO, A.B. y Aranda Cisneros, J.A. 2012: Objetos sin terminar y restos de talla, *Catálogo de la exposición: El Consorcio y la arqueología emeritense. De la Excavación al museo*, Mérida, 184-185.
- HERAS, F.J. y OLMEDO, A.B. 2010: Dos nuevos monumentos funerarios en *Augusta Emerita*. Primer

- avance de los resultados de la intervención de la calle Almendralejo nº 41, Mérida (Badajoz, España), *Acti XVII International Congress of Classical Archaeology. Meeting between cultures in the Ancient Mediterranean*. Bolletino di Archeologia I (Roma 2010), Roma, 45-53.
- HERAS, F.J. y PEÑA, A. 2011: Un taller de reciclado de mármoles en Mérida. Su valoración histórica a través de los «residuos» de talla. En NOGALES, T. y RODÁ, I. (eds.): *Roma y las provincias. Modelo y difusión. Actas del XI Coloquio internacional de Arte Romano Provincial* (Mérida 2009), Roma, 1047-1052.
- HERAS, F.J.; BUSTAMANTE, M. y ARANDA, J.A. 2012: Figurillas femeninas en hueso. Función y contexto de un tipo particular de amuleto romano de Lusitania, *Habis* 43, Sevilla, 177-212.
- HERAS, F.J.; BUSTAMANTE, M. y OLMEDO, A.B. 2011: El vertedero de suburbio norte de *Augusta Emerita*. Reflexión sobre la dinámica topográfica en el solar de la C/ Almendralejo nº 41. En REMOLÁ, J.A. y ACERO, J. (eds.): *La gestión de residuos urbanos en Hispania, Xavier Dupré Raventós (1956-2006), in memoriam*, Mérida, 345-418.
- HERAS, F.J.; FERNÁNDEZ DÍAZ, A. y OLMEDO, A.B. 2012: Grabado sobre estuco, *Catálogo de la exposición: El Consorcio y la arqueología emeritense. De la Excavación al museo*, Mérida, 158-159.
- HERAS, F.J.; MÁRQUEZ PÉREZ, J. y SABIO, R. 2012: *Oscillum*, *Catálogo de la exposición: El Consorcio y la arqueología emeritense. De la Excavación al museo*, Mérida, 134-135.
- HERAS, F.J.; FERNÁNDEZ DÍAZ, A. y BUSTAMANTE, M. 2014: Decoración parietal de *Emerita* en un vertedero altoimperial: Repertorio pictórico y contexto arqueológico a partir de excavaciones en el suburbio norte esta ciudad hispana, *Antike malerei zwischen lokalstil und zeitstil. XI Internationalen Kolloquiums der AIPMA (Éfeso 2010). Actas del XI Coloquio Internacional de la AIPMA*, Viena, 461-471.
- HERAS, F.J. PERAL, D. y RODRÍGUEZ CALDERA, G. 2014: Antropología, Paleopatología e interpretación arqueológica de un contexto del siglo V en Mérida (Badajoz, España), *Actas de los VI Encuentros de Arqueología del Suroeste Peninsular*, 1859-1882.
- IVANISEVIC, V. y KAZANSKI, M. 2002: La nécropole de l'époque des Grandes Migrations à *Singidunum*, *Singidunum*, 3, Belgrado, 101-157.
- JIMÉNEZ, A. 1975: El grupo occidental de sepulcros turriformes hispánicos, *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología, Zaragoza*, 869-874.
- KAMENECKIJ, I. S. y KROPOTKIN, V.V. 1962: Pogrebenie gunnskogo vremeni bliz Tanaisa, *Sovetskaja Arheogija*, 3, 235-240.
- KAZANSKI, M. 1989: La diffusion de la mode danubienne en Gaule (fin du IVe siècle-debut du V): essai d'interprétation historique, *Antiquités Nationales* 21, 59-73.
- KAZANSKI, M. 2009a: Les traces archéologiques de la migration des vandales et leurs alliés suèves: état des recerques, *Archéologie des peuples barbares*, Roman Academy Institute of Archaeology of Iasi, Bucarest-Braila, 427-454.
- KAZANSKI, M. 2009b: Les relations de la Crimée avec l'Europe Centrale et Occidentale durant les Ve-VIe s., *Archéologie des peuples barbares*, Roman Academy Institute of Archaeology of Iasi, Bucarest-Braila, 405-423.
- KAZANSKI, M. y MASTYKOVA, A. 2003a: Les origines du costume 'rincier'féminin des barbares à l'époque des Grandes Migrations, *Costume et société dans l'antiquité et le haut Moyen Age*, 107-120.
- KAZANSKI, M. y MASTYKOVA, A. 2003b: Les elements germaniques dans la civilisation du Caucase du Nord à l'poque des Grandes Migrations. En *Germanen und Sarmaten zwischen dem 1. und dem 4. Jahrhundert nach Christus*, 135-176.
- KAZANSKI, M. y MASTYKOVA, A. 2007: *Tsibilium: la nécropole apside de Tsibilium (VIIe av. J.-C. - VIIIe ap. J.-C.) (Abkhazie, Caucase)*, vol. 2, BAR International Series, Oxford.
- KAZANSKI, M. y PERIN, P. 1996: La tombe de Childéric et la question de l'origine des parures de style cloisonné *Antiquités nationales* 28, 203-209.
- KAZANSKI, M. y PERIN, P. 1997: Les barbares 'rientaux' dans l'armée romaine en Gaule. En *Des royaumes barbares au Regnum Francorum. L'cident à l'époque de Childéric et de Clovis*, Actes des XVIIIe Journées internationales d'archéologie mérovingienne, 201-217.
- KOCH, A. 1999: Zur archäologischen Nachweis der Sueben auf der Iberischen Halbinseln, Überlegungen zu einer Gürtelschnalle aus der Umgebung von Baamorto/Monforte de Lemos (Prov. Lugo, Spanien), *Acta Praehistorica et Archaeologica* 31, 156-198.

- KÖNIG, G. 1981: Wandalische Grabfunde des 5. und 6. Jhs., *Madri der Mitteilungen* 22, 299- 360.
- LÓPEZ QUIROGA, J. 2001: Elementos 'oráneos' en las necrópolis tardorromanas de Beiral (Ponte de Lima, Portugal) y Vigo (Pontevedra, España): De nuevo la cuestión del siglo V d.C. en la Península Ibérica, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 27, Madrid, 115-124.
- LÓPEZ QUIROGA, J. 2010: *Arqueología del mundo funerario en la Península Ibérica (siglos V-X)*, Biblioteca Básica 3, Madrid.
- LUZÓN, J. M. 1974: *Antigüedades romanas de la provincia de Huelva. Huelva: Prehistoria y Antigüedad*, Madrid, 271-303.
- MACIEL, J. M. 1996: *Antigüedad tardia e paleocristianismo em Portugal*, Lisboa.
- MACZYNSKA, M. T. 1986: Der Goldfund aus dem 5. Jahrhundert n Chr. aus Granada-Albaicin und seine beziehungen zu Mittel-und Osteuropa, *Madri der Mitteilungen* 27, 375-387.
- MARQUES DA COSTA, A. I. 1930-31: Estudo sobre algumas estações da época luso-romana nos arredores de Setúbal, *O Arqueólogo Português* XXIX, Lisboa, 2-31.
- MÁRQUEZ PÉREZ, J. 2006: *Los Columbarios: arquitectura y paisaje funerario en Augusta Emerita*, Ataecina, Colección de Estudios Históricos de la Lusitania 2. Badajoz.
- MASTYKOVA, A. y KAZANSKI, M. 2006: À propos des Alains en Occident à l'époque des Grandes Migrations: le costume à apliques en or. En LÓPEZ QUIROGA, J.; MARTÍNEZ TEJERA, A.M. y MORÍN DE PABLOS, J. (eds.): *Galia e Hispania en el contexto de la presencia 'ermánica' ss. V-VII: Balance y perspectivas*, Madrid 2005 (*Archaeological Studies on Late Antiquity and Early Medieval Europe, 400-100 A.D.*, BAR International Series 1534, Oxford, 289-306.
- MATEOS, P. 1992: El culto a Santa Eulalia y su influencia en el urbanismo emeritense (siglos IV-VI), *Jornadas sobre Santa Eulalia de Mérida*, Extremadura Arqueológica III, Mérida, 57-76.
- MATEOS, P. 1993: Estructuras funerarias de origen norteafricano en la necrópolis cristiana de Mérida, *Anas*, 6, 127-142.
- MATEOS, P. 1994: Cambios urbanísticos realizados en Mérida durante el s. IV, *XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica. La ciudad en el mundo romano. Tarragona, 1993. Actas, vol. II*, Tarragona, 264-267.
- MATEOS, P. 1995a: Arqueología de la Tardoantigüedad en Mérida: Estado de la cuestión, *Los últimos romanos en Mérida*, Cuadernos Emeritenses 10, Mérida, 125-152.
- MATEOS, P. 1995b: La cristianización en Lusitania (s. IV-VII): Extremadura en época visigoda, *Extremadura Arqueológica* IV, Mérida, 239-263.
- MATEOS, P. 1997: El urbanismo emeritense en época paleocristiana (s. V-VI), *La tradición en la Antigüedad Tardía*, Antigüedad y Cristianismo 14, Murcia, 601-616.
- MATEOS, P. 2000: *Augusta Emerita*, de capital de la *Diocesis Hispaniarum* a sede temporal visigoda. En RIPOLL, G. y GURT, J.M. (eds.): *Sedes Regiae* (ann. 400-800), Barcelona, 391-520.
- MATEOS, P. (ed.), 2006: *El "oro Provincial" de Augusta Emerita: un conjunto monumental de culto imperial*, Anejos de AEspA XLII, Madrid.
- MÉLIDA, J.R. 1929: *Excavaciones de Mérida. El circo, los columbarios, las termas, esculturas, hallazgos diversos. Memoria de los trabajos practicados en 1926-1927*, n° 98, Madrid.
- MONTALVO, A. 1999: Intervención arqueológica en un solar de la barriada Santa Catalina. Una aproximación al conocimiento del área norte de *Augusta Emerita*, *Mérida excav. arqueol.* 1997, 3, 125-151.
- MONTENEGRO, E. 2005: *El descubrimiento y las actuaciones arqueológicas en Santa Eulalia de Bóveda (Lugo)*, A Coruña.
- MONTENEGRO, E.; BLANCO-ROTEA, R.; BENAVIDES, R. y PORTELA, C. 2008: *Santa Eulalia de Bóveda*, Pontevedra.
- MORGADO, F. 1998: Una vía de circunvalación en la Mérida del siglo XIX: las calles Morería y Almendralejo, *Mérida, Ciudad y Patrimonio* 2, Mérida, 95-107.
- MURILLO, J.; CARRILLO, J.; MORENO, M.; RUIZ, D. y VARGAS, S. 2002: Los monumentos funerarios de Puerta de Gallegos, *Colonia Patricia Corduba, Actas del Congreso Internacional "Espacio y usos funerarios en el Occidente Romano"* (Córdoba 2001), Córdoba, 247-273.
- NOGALES, T.; RAMÍREZ SÁDABA, J.L. y MURCIANO, J.M. 2012: Las *cupae* del *territorium* Emeritense. En ANDREU, J. (ed.): *Las Cypae hispanas*, Serie Monografías 'os Bañales' 349-368.

- NUNES, R. 2001: La 'asilique' de Tróia. Un décor luso-romain du IV^e s. ap. J.-C. En BARBET, A. (ed.): *La Peinture funéraire antique IV^e siècle av. J.-C. - IV^e siècle ap. J.-C., Actes du VII^e Colloque de l'IPMA (Vienne 1998)*, Saint-Romain-en-Gal - Vienne, 305-308.
- OLMEDO, A.B. 2006: Reocupación del espacio doméstico y viario en época romana a tardoantigua. Intervención arqueológica realizada en el solar nº 1 de la C/ Holguín (Mérida), *Mérida excav. arqueol.* 2003, 9, 151-164.
- OLMEDO, A.B. 2012: Pendientes, *Catálogo de la exposición: El Consorcio y la arqueología emeritense. De la Excavación al museo*, Mérida, 94-95.
- PALMA, F. 2000: Intervención arqueológica en el solar de la C/ John Lennon, nº 28. Hallazgo de un foso de época almohade en torno a la alcazaba árabe, *Mérida excav. arqueol.* 1998, 4, 161-220.
- PALMA, F. y BEJARANO, A. 1997: Excavación del Mausoleo de la "Casa del Anfiteatro" (Mérida), *Mérida excav. arqueol.* 1994-95, 1, 44-52.
- PAMPLIEGA, J. 1998: *Los germanos en España*, Pamplona.
- PARIS, P.; BONSOR, G.; LAUMONIER, A.; RICHARD, R. y MERGELINA, C. 1926: *Fouilles de Belo (Bologna, Province de Cadix) (1917-1921). La Nécropole*, École des Hautes Études Hispaniques, París.
- PINAR, J. 2006-2007: El collares tardoantic de la Valleta del Valero (Soses, Lleida): noves dades per al seu estudi, *Revista d'arqueologia de Ponent*, 16-17, 211-222.
- PRADOS, F. 2005: La beatitud divina: una ideología oriental clave para el desarrollo de la arquitectura monumental púnica, *Anejos de AEspA XXXV*, 635-649.
- PRADOS, F. 2008: *Arquitectura púnica. Los monumentos funerarios*, Anejos de AEspA XLIV, Madrid.
- RADA Y DELGADO, J.deD. de la, 1899: El Taurobolio de Mérida, *La Ilustración española y americana XXXVI*, año XLIII, Madrid, 186-190.
- RADDATZ, K. 1959: Das Völkerwanderungszeitliche Kriegergrab von Beja, Südpotugal, *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums* 6, 142-150.
- REINACH, S. 1892: *Antiquités du Bosphore Cimmérien*, París.
- RIGAUD DE SOUSA, J.J. 1979: Novas considerações sobre a necrópolis do Beiral (Ponte do Lima), *Gallaecia*, 3-4, 293-304.
- RIPOLL, G. 1985: *La necrópolis visigoda del Carpio del Tajo*, EAE 142, Madrid.
- RIPOLL, G. 1991: Materiales funerarios de la Hispania visigoda: problemas de cronología y tipología. En PERIN, P. (ed.): *Gallo-Romains, Wisigoths et Francs en Aquitaine, Septimanie et Espagne (Actes des VII^e Journées internationales d'archéologie mérovingienne (Toulouse 1985))*, 111-139.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. 1992: Culto a las aguas y divinidades orientales en el Lugo romano: los posibles santuarios de San Roque y Bóveda, *Espacio, tiempo y forma, serie II, H^a Antigua*, 5, Madrid, 309-336.
- RUIZ-ALCALDE, D. y CHARQUERO, A.M. 2015: La Torre de Sant Josep de Villajoyosa. La restitución del monumento romano y su contexto funerario, *Lucentum* 34, Alicante, 261-280.
- SALIDO, J. y BUSTAMANTE, M. 2014: *Pistrina Hispaniae panaderías, molinerías y el artesanado alimentario en la Hispania romana*, Monographies Instrumentum 47, Monique Mergoïl, Montagnac.
- SALIN, E. y FRANCE-LANORD, A. 1949: *Le trésor d'iran en Calvados*, Monuments Piot 43, 119-135.
- SÁNCHEZ BARRERO, P. D. 2009: *Itinerarios y caminos romanos en el entorno emeritense, Ataecina*, Colección de estudios históricos de la Lusitania 6, Mérida.
- SÁNCHEZ BARRERO, P. D. y MARÍN, B. 2000: Caminos periurbanos de Mérida, *Mérida excav. arqueol.* 1998, 4, 549-569.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, G. 2000: Intervención arqueológica en el solar de la c/ Almendralejo, nº 2, c. v. a la c/ Morería. Nuevas aportaciones al conocimiento de la red viaria en *Augusta Emerita*, *Mérida excav. arqueol.* 1998, 4, 115-136.
- SECO, I. 2011: *Piedras con alma: el betilismo en el mundo antiguo y sus manifestaciones en la Península Ibérica*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla.
- SINGUL, F. 1999: La pintura de Santa Eulalia de Bóveda (Lugo). Significado y relaciones con el Arte Paleocristiano y pintura asturiana, *Boletín Auriense* 28, Ourense, 59-84.
- TEJRAL, J. 1988: Zur Chronologie der frühen Völkerwanderungszeit im mittleren Donauraum, *Archaeologia Austriaca* 72, 223-304.
- VAZ, I.; MAGALHÃES, P. y BRUM, P. 2016: Tróia na Antiguidade Tardia. En D'ENCARNAÇÃO, J., LOPES, M.C. y CARVALHO, P.C. (coords.): *A Lusitânia entre romanos e bárbaros*, Coimbra, 309-333.

VIANA, A. 1961: Necrópole romano-suévica de Beiral, Ponte do Lima, Viana do Castelo, *Arquivos do Alto Minho (1ª série)* 10, 115-123.

VIDAL, L. 2003: Posibilidades de la aplicación de la Arqueología de la Arquitectura en Santa Eulalia de Bóveda (Lugo), *Arqueología de la Arquitectura* 2, Vitoria, 275-286.

WENSKUS, R. 1961: Stammesbildung und Verfassung, *Das Werden der frühmittelalterlichen gentes*, Colonia-Graz.

WIECZORECK, A. y PERIN, P. 2001: Das Gold der Barbarenfürsten. Schätze aus Prunkgräbern des 5. Jahrhunderts n. Chr., *Zwischen Kaukasus und Gallien*, Stuttgart, 108-111.

**SEGUIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS REALIZADOS
DURANTE LOS AÑOS 2006, 2007 Y 2008**



*Ubicación de los seguimientos arqueológicos.
(Imagen PNOA, 2016).*

